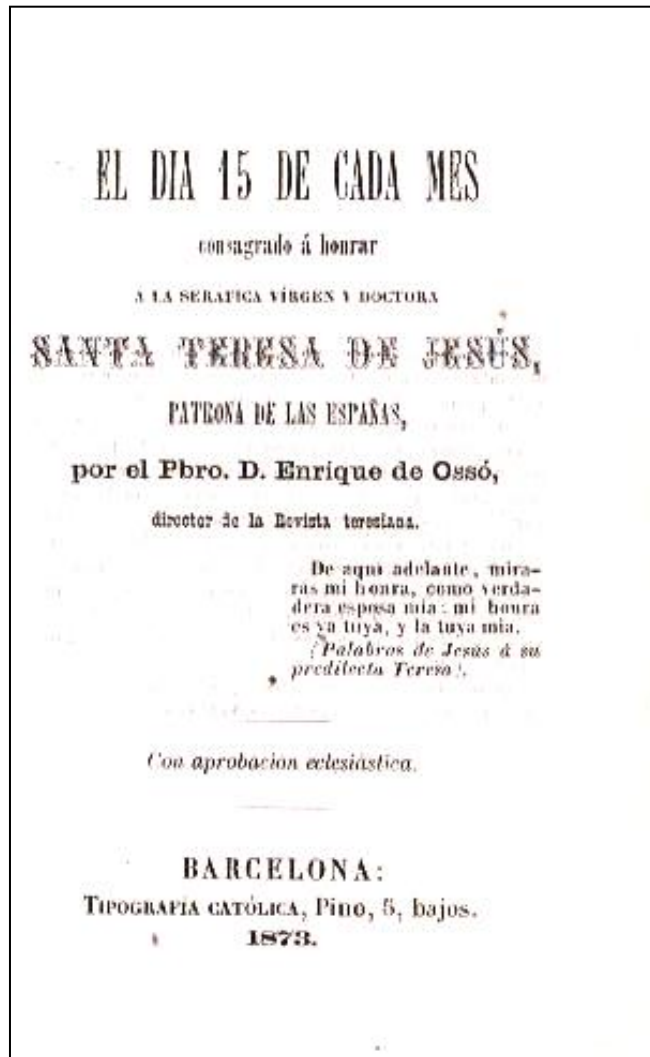


EL DÍA 15 DE CADA MES

Motivos de gran confianza en la poderosa intercesión de santa Teresa de Jesús deben ser para sus devotos: 1º. La promesa de Jesucristo de que no negaría a la Santa ninguna cosa que le pidiese. 2º. Atestiguar la Santa el cumplimiento de esta promesa ya en vida por estas palabras: “En esto de sacar nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídas a más perfección, es muchas veces; y de sacar almas del purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme, y cansar a quien lo leyere, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas que de cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida, y que dello hay hartos testigos”. (Vida cap. 39)



¿Quién, pues, no se animará a pedir confiado grandes cosas por medio de tan poderosa valedora?

DEDICATORIA A JESÚS DE TERESA

Quiero merecer tu bendición, Jesús mío; quiero tener escrito perpetuamente mi nombre en tu Corazón adorable; quiero poseer un corazón como el tuyo. Mas no tengo cosa que valga, lo confieso, para ofrecerte e inclinar tu ánimo a que me dispenses tan señalada distinción. Hállome desnudo de toda virtud, sin ninguna buena obra. ¿Cómo, pues, osaré presentarme delante de ti, Bien mío, que mandabas que nadie pareciese en tu presencia sin ofrenda?

Como Jacob, vestireme con las ricas vestiduras de Esaú, para arrancar de tu corazón de Padre la bendición. Aquí tienes, pues, oh Padre de mi alma, postrado a tus pies, al que se parece a Esaú, pues tiene cubierta su desnudez con los ricos atavíos de Teresa tu hija primogénita, exhalando suavísimo olor mis rudos conceptos con el contacto de sus celestiales palabras. Con este artificio santo espero obtener tu bendición. No me la niegues, Jesús de Teresa, en atención a los méritos y al cariño singular que profesas a

tu esposa Teresa de Jesús. Así será de algún provecho para los lectores este pequeño trabajo, y de mérito delante de ti para

EL AUTOR

AL DEVOTO DE SANTA TERESA DE JESÚS

Quería ofrecerte, lector mío, un librito de algún provecho con el cual pudieses honrar a Teresa de Jesús, en el día 15 de cada mes consagrado a su obsequio, para de este modo honrar a su querido esposo Jesús, nuestro bien, toda vez que la honra de Teresa es de Jesús, así como la de Jesús es de Teresa, según palabras del mismo Jesucristo.

En mi pobreza no hallé cosa con que poder satisfacer este deseo; pues si la voluntad de honrar a Teresa de Jesús es grande, los recursos de talento y doctrina son cortos. Considerando estaba cómo salir de este lance de suerte que mi obra tuviese algún mérito y hallase buena acogida, siendo por otra parte agradable al Corazón de Jesús de Teresa, cuando me ocurre la idea de callar yo y hacer hablar a la inspirada Doctora, tomándome tan solo el trabajo de coordinar sus palabras adaptadas a un solo fin. Cosa mejor no podía ofrecerte, lector mío, pues en las cosas que dice Teresa de Jesús, y en el modo y unción con que las dice, Jesucristo tuvo no pequeña parte, como ella misma asegura. Sería, pues, temeridad imperdonable intentar siquiera sustituirlas con mi ruda dicción y fría palabra: que solo habla bien de las cosas de Dios el que está lleno del espíritu de Dios. Y ¿quién, después de los escritores inspirados, más lleno de este espíritu al escribir sus libros que Teresa de Jesús? No en vano la Iglesia llama celestial alimento a su doctrina. Aliméntate, pues, de ella, lector querido, y enciéndase tu voluntad con su lectura en el fuego que Jesús vino a traer a la tierra. Y no solo leas, sino medita, reflexiona y ajusta sobre todo tu conducta a las inspiraciones de vida eterna que oyes; porque si solo lees y no te aprovechas, serás como el necio e inconsiderado que mira su rostro en el espejo por ver si está sucio, y después que ha descubierto su fealdad, vuelve las espaldas sin quitarse las manchas.

Sé discípulo aprovechado de la Doctora celestial Teresa de Jesús, y ella será siempre tu madre y protectora que te guiará prósperamente en el laberinto de la vida con su luz y consejo a la eternidad feliz.

NOTA. Este librito podrá servir además para un triduo o novena en obsequio de la Santa, como luego se anotará para mayor comodidad de sus devotos. Para hacer debidamente esta novena o triduo, que no solo puede hacerse en los meses de agosto y octubre como preparación a las fiestas de la Transverberación de su corazón y feliz muerte, sino siempre que se quiera obtener alguna gracia del cielo por mediación de la Santa, deben tenerse presentes las siguientes advertencias:

1ª. Que Jesucristo prometió a la gran Teresa aún en vida que no le pediría cosa que no la hiciese, porque ya sabía Él no pediría sino lo que fuese conforme a su mayor gloria. Así, pues, lo que se proponga alcanzar el devoto de la Santa debe ser conforme a la gloria de Dios.

2ª. Como los pecados impiden muchas veces que Dios oiga nuestras oraciones, cuidadosamente evite en estos días toda clase de pecados, haciendo una dolorosa confesión y fervorosa comunión al principio y fin de la novena.

3ª. Dese más en estos días a la oración y recogimiento evitando todas las ocasiones de disipación, y mortifíquese en alguna cosa con consejo del director de su alma, pues la oración sin la penitencia tiene muy poca eficacia, como enseña la Santa.

4ª. Oiga Misa todos los días si le es posible, y dé alguna limosna en obsequio de la agradecida Teresa, o practique alguna obra de misericordia.

Si así lo hicieres, devoto teresiano, no dudes alcanzar de la omnipotente Teresa de Jesús la gracia que solicites de Jesús de Teresa. Pruébelo quien no lo creyere, y verá por consoladora experiencia cuán gran bien es encomendarse a tan gran Santa y tenerle especial devoción.

Santo Desierto de las Palmas, 15 de julio de 1873.
E. de O.

NOVENA A SANTA TERESA DE JESÚS

Día 1º. Agradecimiento de santa Teresa de Jesús

Día 2º. Oración de santa Teresa de Jesús

Día 3º. Amor a Dios

Día 4º. Amor a Jesús

Día 5º. Amor al prójimo

Día 6º. Amor a María

Día 7º. Amor a san José

Día 8º. Humildad de santa Teresa de Jesús

Día 9º. Paciencia de santa Teresa de Jesús, por la mañana; y por la tarde: Magnanimidad de santa Teresa de Jesús.

Para un triduo podrán servir las meditaciones del día 1º, 3º y 9º, porque la santa se distingue de todos los demás santos por su agradecimiento, amor y magnanimidad.

ORACIÓN PREPARATORIA PARA TODOS LOS DÍAS

Señor mío Jesucristo, que llevado del amor singularísimo que profesabas a tu seráfica virgen Teresa, la desposaste contigo dándole por prenda y arras un clavo de tu mano, y encargándole que mirase por tu honra, porque tu honra es su honra, y la suya tuya; heme aquí postrado en tu presencia con deseos de complacerte, consagrando este día a honrar a mi especial protectora santa Teresa de Jesús. Acepta, Jesús bueno, estos cortos obsequios en satisfacción de mis pecados que detesto con toda mi alma, y en agradecimiento por los beneficios recibidos. Pídote, oh Jesús mío, por los méritos de tu esposa Teresa la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y que se cumplan en mí y en todas las almas los designios amorosos que sobre cada una de ellas tiene tu Corazón adorable. Amén.

ORACIÓN A SANTA TERESA DE JESÚS

Seráfica doctora, santa Teresa de Jesús, que en esto de dar contento a otros cuando vivías en este destierro tuviste extremo, aunque a ti hiciese pesar, siendo por esto muy querida de todos los que te trataban; ahora, que gloriosa vives en el cielo, no has mudado de condición; por eso confío darás contento en este día a mi alma, que tanto te ama, otorgándome lo que te pido a mayor honra de Jesús. Dame gracia para aprovecharme de la celestial doctrina que voy a oír de tus labios, a fin de que tus palabras bañadas en dulzor y amor inflamen mi corazón en el deseo de las cosas celestiales, y en el desprecio de las terrenas, viviendo como tú viviste, y muriendo en el amor de mi Dios y Señor Jesucristo, tu querido esposo. Amén.

MES DE ENERO

DE LA ORACIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS

El alma que persevera en la oración, por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación.
(*Santa Teresa de Jesús*)

Punto primero. Cuando vivía en ese valle de lágrimas donde tú moras, hijo mío, toda mi ansia era el poder subir a la cima de una montaña para clamar de allí día y noche a todos los mortales: ¡Almas, orad, orad, orad! porque todo lo puede la oración, porque el alma que tenga con perseverancia oración está salvada. Si de todas las virtudes soy Maestra, de ninguna con mayor eficacia que de la oración. Asusta a los mundanos esta palabra, y es porque no saben lo que es. No es otra cosa oración, hijo mío, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama, que es Dios. Es entender lo que hablamos, y con quién hablamos, y quiénes somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Es pensar esto y otras cosas semejantes; de lo poco que le hemos servido y lo mucho que le estamos obligados a servir; y si hablando estoy enteramente entendiendo y viendo que hablo con Dios, con más advertencia que en las palabras que digo, junto está oración mental y vocal. Es la oración, hijo mío, la virtud más necesaria al hombre después del pecado. El que ora se salva, el que no ora se condena. Dios ha resuelto darnos un sinnúmero de gracias y la más perfecta y única necesaria, la perseverancia final, si se lo pedimos en la oración. La oración es viaje divino, camino real para llegar al cielo. Para recibir mercedes grandes del Señor, hijo mío, es la puerta la oración; cerrada esta, no sé cómo las hará. Si a los que no sirven al Señor, sino que le ofenden, les es tan necesaria la oración, los que le sirven y quieren servir, ¿por qué la han de dejar? Los que no tienen oración, hijo mío, ¡oh cuán a su costa sirven a Dios! Mas a los que la tratan el mismo Señor les hace la costa; pues por un poco de trabajo da gusto para que con Él se pasen los trabajos. El alma que tiene

por poca humildad tener oración, y por eso la deja, es como si se metiera por sí misma en el infierno, sin haber menester demonios que la hagan ir allá. Peligroso será, hijo mío, no tener humildad y las otras virtudes: ¿mas, camino de oración camino de peligro? Nunca Dios tal quiera. No te engañe, pues, nadie a mostrarte otro camino para ir con seguridad y facilidad al cielo, si no fuere el de la oración. Por él fue nuestro Rey y Señor; por él fueron todos los escogidos y santos: quien te dijere, hijo mío, que esto es peligro, tenle a él por el mismo peligro, y huye de él, y no se te olvide. La oración es principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa que nos va la vida en comenzarla todos los cristianos, ninguno por perdido que sea la ha de dejar. Óyeme.

Punto segundo. Considera, hijo mío, que es imposible ser de veras mi devoto, si no practicas la virtud de la oración. No puedes llamarte hijo mío, porque no tienes recibido mi espíritu. No puedes gloriarte de ser mi discípulo porque no oyes, ni te aprovechas de la lección primera y más repetida que te doy con mi vida y escritos, pues todo lo que yo hice y escribí se reduce a encarecer la necesidad de orar.

Mi manera de oración era procurar lo más que podía traer a Jesucristo presente dentro de mí.

Muchos años, hijo mío, las más noches cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en el paso de la oración del huerto; y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque le consideraba solo en su agonía, y afligido, y así creía había de admitir mejor el Señor mi compañía. Estábame allí cuanto la muchedumbre de los pensamientos lo consentía, y deseaba limpiarle el sudor, aunque por mis pecados no osaba.

Aprovechábame también ver campos, agua, flores: en estas cosas hallaba memoria del Criador, y me despertaban a amarle. Me era también gran deleite considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que se paseaba por él, o un palacio donde Él se holgaba en habitar para regalarse y regalar a mi alma con sus favores.

Por espacio de más de cincuenta años, hijo mío, fue mi alimento y ocupación continua el ejercicio de la oración. Si una vez mi alma estuvo en peligro sumo de perderse, fue por haber dejado la oración por una mal entendida humildad. Fue esta la tentación más mala con que el demonio quiso perder eternamente mi alma, porque alma que no ora no necesita del tentador para caer en el infierno, que ella misma va precipitándose en él apenas sin conocerlo. Muchas veces falté a Dios por no estar arrimada a esta fuerte columna de la oración, y el tiempo que estuve sin ella fue más perdida mi vida. Por esto, hijo mío, aunque por espacio de cerca de veinte años mi alma no halló en el ejercicio de la oración sino sequedades y desolaciones, no lo abandoné jamás, como cosa en que me iba la vida eterna; y el Señor, por su misericordia, en premio de mi fidelidad en este santo ejercicio, me hizo Doctora y Maestra de oración, y fundadora y reformadora de la Orden del Carmen, cuyo fin principalísimo es la meditación continua en la ley de Dios y la oración. Orando vencí a mis enemigos; con oración encendía mi caridad, avivaba mi fe, robustecía mi esperanza, y hacía progresos admirables en todas las virtudes. Por la oración llegué a unirme con mi Dios aquí en la tierra con unión tan perfecta e inefable, que pude decir con el apóstol san Pablo: "Vivo yo, mas no yo,

porque Jesús es el que vive en mí." ¡Oh hijo mío, si conocieses bien la necesidad de la oración! Jamás abandonarías tan provechoso ejercicio, y cumpliendo el precepto del Apóstol orarías siempre sin intermisión. Sígueme.

Punto tercero. ¿Y oras tú, hijo mío? De todos los años de tu vida ¿cuántos minutos has pasado en oración? Tal vez ni una hora has querido velar en compañía del buen Jesús, maestro soberano de esta virtud. ¿Te excusas que no sabes hacer oración? ¡Ah no, hijo mío! no vale esta excusa, porque nada más fácil que la oración. Ora el niño con sus lágrimas y el pobre ora a las puertas del rico con su rostro lívido; ora el polluelo en el nido con sus clamores; ora, en fin, todo el que levanta sus ojos al cielo, y mira con humildad a su Dios. ¿Y no podrás hacer tú lo mismo?

Pondera, hijo mío, que así como no hay cosa que más te importe que la oración, tampoco hallarás en ninguna otra tanta repugnancia y batalla de parte del enemigo. Él te dirá muchas veces, presentándote delante de todos los otros ejercicios de piedad: "Todo esto te lo daré y dejaré practicar en paz con tal que no ores, porque alma que ore la tengo perdida". Por eso, hijo mío, tú que quieres salvar tu alma, y quieres imitar el ejemplo, y seguir las lecciones de mí, que soy tu Maestra, debes resolverte a perderlo y dejarlo todo antes que la oración. Dile a Lucifer cuando te tienta para que abandones el ejercicio de la oración: No, todo lo abandonaré antes que la oración: húndase el mundo, húndase todo antes que dejar la oración. Esta determinación de ánimo es lo primero que debes procurar al darte al ejercicio de la oración, porque el demonio ha gran miedo a ánimas determinadas, porque es muy cobarde y tiene ya él experiencia que le hacen gran daño; y que cuanto él ordena para dañarlas, viene en provecho de ellas y de otras. Al contrario, si el demonio te conoce por mudable, y que no estás firme en el bien y en la oración y con gran determinación de perseverar, no te dejará a sol ni a sombra; miedos te pondrá e inconvenientes, que nunca acabe. Venga, pues, lo que viniere, no has de tornar atrás, hijo mío, sino salir con la empresa. No hayas miedo que te deje morir de sed el Señor que nos llama a que bebamos de esta fuente de la oración. Va mucho, hijo mío, al principio de tener oración no amilanar los pensamientos, y lo que más has de procurar, es tener cuidado de ti solo, y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y tú, y esto es lo que te conviene mucho, y lo seguro. No dejes la oración de la pasión y vida de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene todo el bien. Si trabajares a traer contigo la preciosa compañía de Cristo, y te acostumbres a enamorarte mucho de la sagrada Humanidad, yo te doy por aprovechado; porque aprovecha en todos estados y es un medio segurísimo para ir aprovechando en todos los grados de la oración. Tener cerrados los ojos cuando se reza es admirable costumbre para muchas cosas, porque es hacer fuerza a no mirar las de acá. Si no puedes, hijo mío, tener el pensamiento sin divertirte, acostúmbrate a andar en compañía de Cristo. Si Él ve que lo haces con amor, y que andas procurando contentarle, no le podrás, como dicen, echar de ti, y ayudarte ha en todos tus trabajos. Huélgate de hablar con este Señor, no oraciones compuestas, sino de la pena de tu corazón, que las tiene Él en muy mucho. Mírale, si estás triste, camino del huerto...; mírale cargado con la cruz. Mirarte ha con unos ojos tan hermosos, y piadosos, y llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los tuyos.

¡Oh hijo mío! lo que tiene bueno este viaje de oración es que poco se pierde probarlo, que en ella se da más de lo que se pide ni acertaremos a desear.

Lo que puedes hacer para ayuda de esto, procura traer una imagen y retrato del buen Jesús, que sea a tu gusto, no para traerle en el seno y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con Él, que Él te dará qué decir. Como hablas con otras personas, ¿por qué te han más de faltar palabras para hablar con Dios? Una de dos: o resuelves con toda determinación darte a la oración o renuncias al glorioso dictado de devoto de Teresa de Jesús. Resuélvete, y no vuelvas atrás por nada ni por nadie. Solo te pido, hijo mío, un cuarto de hora de oración cada día, y te prometo el cielo. ¡Qué hermoso trueque, hijo mío! tú le das a tu alma y a tu Dios un cuarto de hora, y yo te prometo una eternidad feliz. ¡Qué hermoso trueque, repito! ¿Quién amará tan poco a su alma y a mí, que se lo niegue? Haz, pues, la resolución hoy para toda tu vida de quedarte sin comer, beber, dormir ni descansar antes que dejar de alimentar a tu alma con este cuarto de hora de soledad y oración porque de esto depende tu salvación eterna. Enmiéndate.

Afectos y súplicas. Reconozco, oh santa mía, que mi alma, por no tener oración, es a los ojos del Señor como cuerpo con perlesía o tullido, que aunque tiene pies y manos, no los puede mandar. Mi alma tan enferma está y ocupada en cosas exteriores que no hay remedio, ni parece que puede entrar dentro de sí, con ser de natural tan rica, y poder tener su conversación no menos que con Dios. Por eso desde hoy firmemente resuelvo entender y remediar por la oración tan gran miseria, para no quedarme hecho estatua de sal por no volver la cabeza hacia mí, así como lo quedó la mujer de Lot por volverla. ¡Oh Redentor mío y Dios mío, buen Jesús! ¡Nunca te he mirado con amor, ni considerado lo que te debo, y la muerte que por mí pasaste! por esto no te conocí, ni he hecho obras en tu servicio. La fe sin estas obras es muerta, y sin la oración, ¿quién me despertará a amar a este Señor? Dame, oh Jesús mío, por intercesión de tu esposa Teresa, conocer lo mucho que te cuesto, y que no es más el siervo que el Señor; y que he menester obrar para gozar tu gloria, y como para alcanzar estas gracias me es necesario orar, para no andar siempre en tentación. Enséñame a orar, oh Maestra de oración, Teresa de Jesús, que aunque otra gracia no me dispenses, con esta me hallaré sobradamente rico, pues todos los bienes vienen al alma con la oración. Oraré, pues, y seré salvo, y después de gustar y ver cuán bueno es el Señor en este valle de lágrimas, le poseeré en el paraíso de deleites en tu compañía. Amén.

Dicho notable de la Santa sobre esta virtud. "Pensar que hemos de entrar en el cielo, y no entrar en nosotros, conociéndonos y considerando nuestra miseria y lo que debemos a Dios, y pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino. Importa mucho, y el todo a los que se dan a la oración, una grande y determinada determinación de no parar hasta llegar a beber del agua de vida, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare... siquiera se hunda el mundo."

Ejemplo. Todas las gracias y visiones admirables de que fue colmada nuestra gran santa, las recibió estando en oración. Todos saben cómo el Señor le mostró el infierno

y el lugar que en él tuviera, si durara más el camino que había comenzado, y no fuera por su poderosa mano, como otro Abrahán, librada del fuego de los caldeos. Otra vez le mostró la gloria, y las primeras personas que en ella vio fueron su padre y su madre, y en un brevísimo espacio vio cosas altísimas y entendió grandes secretos, que no se pueden con palabras declarar, y esto con deleite tan soberano, que no se puede decir. Otra vez estuvo el Señor cabe de ella más de una hora mostrándole cosas admirables. También, después de haberle traído el Señor a la memoria su vida pasada, fue arrebatado su espíritu de manera que casi le pareció estaba fuera del cuerpo; a lo menos no sabía si estaba en él, como aconteció a san Pablo, y vio la humanidad de nuestro Señor Jesucristo con mayor gloria que jamás la había visto. Representósele, por una noticia admirable, estar metido en los pechos del Padre sin saber ella cómo, más de verse presente en tan alto secreto. Fue de manera que se le pasaron algunos días sin poder tornar en sí, y siempre le parecía traer presente aquella majestad del Hijo de Dios, con harto consuelo y aprovechamiento suyo. Esta misma visión vio algunas veces, y dice que era la más subida de cuantas Dios le había dado.

Otra visión maravillosa y de mucho provecho refiere la Santa por estas palabras:

"Estando una vez en oración se me representó en breve sin ver cosa formada; mas fue una representación muy alta, cómo se ven en Dios todas las cosas, y cómo las tiene todas en sí. Saber escribir esto, yo no lo sé, mas quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, y de las que más me han hecho confundir y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho". Después declara como puede, con una comparación, lo que vio, de esta manera: "Digamos ser la Divinidad como un claro diamante, muy mayor que todo el mundo, y que todo lo que hacemos, se ve en este diamante, siendo de manera que todo lo encierra en sí, porque no hay nada que salga de esta grandeza. Cosa espantosa me fue ver en tan breve espacio tantas cosas juntas, aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que me acuerdo ver, qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es ansí, que cuando se me acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar, y ansí quedé entonces tan avergonzada, que no sabía me parece donde me meter". Si orásemos, también el Señor nos descubriría gustoso sus secretos; mas hoy día, por falta de este espíritu de oración, no puede el Señor ni halla con quién se consolar. Oremos, pues, si queremos ver la gloria de Dios como nuestra Madre Teresa de Jesús.

Práctica. Por muchas ocupaciones que tengamos, no dejar nunca de buscar tiempo para la oración, siquiera sea un cuarto de hora todos los días, para lograr la promesa de la Santa, que dice: "Dame todos los días un cuarto de hora de meditación, y yo os prometo el cielo".

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Fidelísimo Jesús! movido de la promesa formal que ya en vida hiciste a tu enamorada hija Teresa de Jesús, de no negarle cosa alguna que ella te pidiese, acudo a ti en este

día con la segura confianza de que me has de conceder por su intercesión la virtud que acabo de meditar y la gracia especial que solicito de tu generoso Corazón. Diste palabra, Dios mío, y tu palabra no puede faltar. Tú dijiste. "Los cielos y la tierra pasarán, más mis palabras no faltarán". Sé, pues, Señor, fiel en tu promesa para honra de tu nombre y el de tu esposa Teresa de Jesús, concediéndome lo que pido. ¡Oh gloriosa santa mía! Si por mis pecados no merezco que el Señor oiga mis súplicas, meréceslo tú, que jamás cometiste pecado mortal. Alcánzame, pues, de tu Jesús, un corazón como el tuyo, para ser todo de Jesús en vida, en muerte y por toda la eternidad. Amén.

Y para más obligarte saludo a la Santísima Trinidad con tres *Padrenuestros*, *Ave Marías* y *Gloria Patri*.

Ahora se rezarán tres Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patri a la Santísima Trinidad por el poder, sabiduría y amor perfectísimo con que distinguió a la doctora mística Santa Teresa de Jesús.

Jaculatoria. Santa Teresa de Jesús, patrona de las Españas, rogad por nosotros, por la Iglesia y por León XIII.

MES DE FEBRERO

HUMILDAD DE SANTA TERESA DE JESÚS

Cada uno mire lo que tiene de humildad, y verá lo que está aprovechado. La humildad es la verdad. (*Santa Teresa de Jesús*)

Punto primero. Ninguna virtud, hijo mío, te es así necesaria, ninguna por otra parte menos conocida que la de la humildad. Sin esta virtud a cada paso te abandonará el Señor, que resiste a los soberbios, y a los humildes da su gracia. ¿A quién miraré con amorosos ojos, dice el Señor, sino al humilde? La oración humilde penetra los cielos e inclina la misericordia de Dios. Sin esta virtud, hijo mío, te es imposible agradar a Dios y salvar tu alma. La humildad siempre labra, como la abeja en la colmena, la miel, que sin eso todo va perdido. No hay cosa que así haga rendir a Dios como la humildad. Ella le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotros de un cabello a nuestras almas: quien más tuviere de esta virtud, más tendrá de Dios. La gran humildad trae poca confianza de sí, y aunque más letrados sean, se sujetan a parecer ajeno. Gana mucho el demonio y gusta en gran manera de ver afligida e inquieta un alma, porque ve que le es estorbo para emplearse toda en amar y alabar a Dios, que es lo principal. La humildad verdadera, hijo mío, por grande que sea, no inquieta ni alborota el alma, ni la aprieta, antes la dilata y hace hábil para servir más a Dios, y viene con paz, regalo y sosiego. Aunque uno de verse ruin entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflige y le parece con justicia todos le habían de aborrecer y que casi no osa pedir misericordia, si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí, y contento, que no querríamos vernos sin ella. ¡Oh hijo mío!

terribles son los ardides del demonio para que las almas no se entiendan ni conozcan sus caminos. Al verdadero humilde paréceme que no osará el demonio de tentarle con mayorías, pues como es sagaz teme el golpe. Ansí es bueno y muy rebueno tratar del propio conocimiento, pero también procuremos conocer la grandeza de Dios, y así veremos más nuestra suciedad: considerando la humildad divina, veremos cuán distantes estamos de ser humildes. Con ello además nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien. El que jamás sale de su miseria y tierra, nunca el corriente saldrá del cieno de los temores de pusilanimidad y cobardía. Por esto te digo, hijo mío, que pongamos los ojos en Cristo y allí deprenderemos la verdadera humildad y en sus santos, y ennoblecerse ha el entendimiento, y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde. Así que, hijo mío, humildad que no engendre generosidad, que no levante el alma a ser cuerdamente atrevida para los actos de virtud, y que no aumente la confianza en Dios, no es verdadera; es sombra de humildad. Ten presente hijo mío, que no puede haber humildad sin amor de Dios, ni amor sin humildad. La humildad debe engendrar pechos reales y generosos. Esta es la verdadera humildad: conocer el alma lo que puede, y lo que Yo puedo, díjome el Señor. Óyeme.

Punto segundo. Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante, que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada: y quien esto no entiende, anda en mentira; a quien más lo entiende, agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. Por esto fue, hijo mío, tan profunda y verdadera mi humildad. En esto de hipocresía y vanagloria, gloria a Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido, que en viniéndome primer movimiento me daba tanta pena, que el demonio iba con pérdida y yo quedaba con ganancia; antes me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinión, como yo sabía lo secreto de mí. Sentía más decir las mercedes que los grandes pecados, y dábame grandísimo tormento el considerar que por los arrobamientos y gracias que el Señor en público me dispensaba me habían de tener por mejor. Consideraba mi alma, hijo mío, que Dios se había con ella como el dueño de una casa cuando amenaza ruina, que por todos lados con puntales la sostienen para que no venga al suelo. A la letra conviene esta comparación a mi alma: porque tan cargada se vio de gracias del cielo, que si la humildad no la hubiese sostenido, orgullosa me hubiera alzado con estos dones como Lucifer, y atribuyéndolos a mí misma, para siempre me hubiera perdido, despeñándome en los abismos del infierno. Si la humildad es la verdad, en verdad creía yo que solo los pecados e imperfecciones eran hierbas que producía mi huerto, frutos de mi cosecha todo el mal que hacía, y gracia especial del Señor todo el bien que obraba. Hazlo también así, hijo mío, si quieres ser discípulo de Jesús y entrar en el reino del cielo. No te desdeñes, a mi ejemplo, de mostrarte humilde y afable con los inferiores, y ocuparte en oficios humildes, pues aun entre los pucheros anda el Señor, como sucedió a mi alma, que en los quehaceres de la cocina la regalaba. No perderás honra ni buen nombre por ocuparte en estos oficios, bajos según el concepto del mundo, pero altos a los ojos de Dios, que se da contento de todo lo que se hace con humildad. Acuérdate que el medio seguro, único infalible para alcanzar la humildad, es la humillación. Humíllate, pues, en todo, y en Dios hallarás gracia. Sígueme.

Punto tercero. Dime ahora tú, hijo mío, ¿Eres humilde?, ¿sientes bajamente de ti mismo?, ¿deseas que otros conozcan tu miseria?, ¿amas las humillaciones?, ¿eres animoso para bien obrar? En esto conocerás los grados de humildad que posees, y si es verdadera o falsa tu humildad. Si no te conoces, serás presumido. Si no amas tu bajeza, serás insufrible en el trato con el prójimo, y la menor palabra te mortificará y te hará montar en cólera. Si a pesar de conocerte vil y miserable no eres animoso para obrar cosas perfectas apoyado en Dios, o solo te paras en considerar tu vileza, no será sólida tu humildad. Es menester, hijo mío, que medites y reconozcas los dones de Dios, y le alabes por ello, y te esfuerces a bien obrar. Porque es imposible, conforme a nuestro bajo natural, desear cosas del cielo si no tenemos alguna prenda de las de allá. Si no conoces que recibes mercedes del Señor, no te despertarás a amarle. ¿Por qué crees que mi humildad fue tan generosa? Porque reconocí las mercedes que el Señor me dispensaba, y agradecida procuré corresponder a estas distinciones del cielo. ¡Oh hijo mío! no dejes arrinconar tu alma, porque a las veces da en ser escrupulosa, y queda inhabilitada para toda cosa de provecho para sí y para los demás. No dejes que se te encoja el ánimo y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. Después de reconocer la verdad de la sentencia de Jesucristo: “Sin Mí nada podéis hacer”, debes creer y confesar con animosidad lo que dice el apóstol: “Todo lo puedo en Jesús que me conforta”. Con este *nada* ganarás el *todo* necesario para ser humilde en la tierra, y glorioso y exaltado en el cielo. Reflexiona sobre ti mismo, y... enmiéndate.

Afectos y súplicas. ¡Oh humildísima Teresa! ¡Confuso estoy y no me atrevo a levantar los ojos en tu presencia! Solo mi voz clamará al cielo pidiéndole perdón por mis soberbias, diciendo: Apiadaos de mí, Señor, porque he sido gran pecador. ¿Qué tienes, oh alma mía, que no lo hayas recibido de la liberal mano de Dios? Y si lo has recibido, ¿de qué te enorgulleces? Mírate en el espejo de Teresa de Jesús. Ella santísima, y tú pecador; ella sapientísima, tú bobo e ignorante en las cosas de Dios; ella más que mujer era un serafín por sus virtudes, tú menos que hombre por tus enormes pecados. Pero Teresa se llamaba y se tenía por pecadora, boba, loca de espíritu, en fin, mujer y ruin; y tú te crees sabio, justo, y superior a todos. ¡Oh alma mía, pecador de mí! todo me convida a humillarme, y de todo tomo motivo de ensoberbecerme. ¡Jesús, humilde y manso de corazón! infúndeme esta virtud, de la que tanto Tú te enamoras. ¡Teresa de Jesús, Madre y Maestra de mi alma! Alcánzame esta virtud celestial, pues sin ella no podré ir a verte en el cielo, ni gozaré de paz aquí en la tierra, pues escrito está: Bienaventurados los mansos y humildes de corazón, porque ellos verán a Dios y descansarán en justicia y abundancia de paz.

Dicho notable de la Santa sobre esta virtud. Mientras vivimos en este mundo, por muy altos que estemos, no hay cosa que más nos importe que la humildad, porque sin esta virtud a cada paso nos dejará el Señor. Cuando algo te reprendieren, recíbelo con humildad interior y exterior, y ruega a Dios por quien te reprendió. Lo que te dicen los de casa haz siempre, si no es contra la obediencia; y respóndeles con humildad y blandura.

Ejemplo. Cansaríamos a los devotos de la Santa si hubiésemos de referir todos los actos de su humildad. Citaremos tan solo algunos.

Levantándola muchos falsos testimonios en Sevilla, dijo: "Bendito sea Dios, que en esta tierra conocen quien soy, que en otras todos están engañados, y me tratan como ellos piensan que soy, y aquí como merezco."

Don Alonso de Quiñones, caballero principal, siervo de Dios, vínole una vez a hablar sin querer darse a conocer, y díjole, deseando ver qué respondía, que se acordase de Magdalena de la Cruz, persona a quien la gente había tenido por muy santa, y el demonio la tenía por muy rendida y sujeta. Ella no se alteró poco ni mucho de aquella comparación, antes con mucha humildad respondió: "No hay vez que me acuerde della que no tiemble".

En los oficios más bajos era la primera; las otras barrían cosas particulares de la casa, y ella barría el corral y lo limpiaba. En Malagón, con andar con muchas indisposiciones, se animaba algunas veces a levantaes antes que las demás a coger la basura. Y en el mismo monasterio, cuando se hacía la casa en que ahora están, desde que amanecía hasta casi la media noche, andaba con los oficiales, y la primera que tomaba la espuerta y la escoba era ella, y después de venidas las monjas y la priora, las pedía perdón de las faltas que en el día había hecho en aquel oficio, y se echaba a sus pies como si fuera la menor dellas. Si veía alguna hermana que por enfermedad natural tenía cosas asquerosas, ejercitando juntamente la mortificación y la humildad, se llegaba a ella, y la regalaba, y besaba las manos, o comía de lo que ella estaba comiendo, y hacía cosas semejantes. Salía otras veces al refectorio a decir sus culpas, y algunas comía en el suelo. Una vez salió al refectorio andando con pies y con manos como bestia, con un serón de piedras y una soga a la garganta, y una hermana que la llevaba del diestro, diciendo, según creo, sus faltas. Otra vez salió cargada con unas aguaderas llenas de paja, diciendo sus culpas con gran humildad, como si fuera una novicia que por su aprovechamiento hubiera pedido aquella mortificación a la priora, porque estas cosas no las hace ninguna sino cuando las desea y las pide a la priora con humildad y fervor. Tan grande, por fin, era su humildad, que en el libro de las Fundaciones dice así: "Esté muy lejos de quién lo leyere atribuirme a mí ninguna alabanza, pues sería contra la verdad, sino pidan a Su Majestad que me perdone lo mal que me he aprovechado de todas estas mercedes. Mucho más hay de qué quejarse de mí mis hijas por esto, que de qué me dar gracias de lo que en ello está hecho. Una *Ave María* pido por su amor a quien esto leyere, para que sea ayudada a salir del purgatorio y llegar a ver a Jesucristo nuestro Señor". En fin, durole esta virtud y el menosprecio de sí hasta la muerte, pues entonces pidió perdón de sus faltas a las monjas, y les encomendó que guardasen muy bien la Regla, y no mirasen aquella mala monja, que así se llamaba a sí. Mírate en este espejo, devoto de la Santa, y aprende a ser humilde con Teresa, si deseas participar de su gloria.

Práctica. Nunca decir cosa suya digna de loor, como de su ciencia, virtudes, linaje, si no tiene esperanza de que habrá provecho; y entonces sea con humildad y con consideración que aquellos dones son de la mano de Dios. Jamás deje de humillarse hasta la muerte en todas las cosas.

Oración final

MES DE MARZO

DEVOCIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS A SU SEÑOR Y PADRE SAN JOSÉ

Aunque tenga muchos santos por abogados, séalo en particular san José, que alcanza mucho de Dios.
(*Santa Teresa de Jesús, Aviso 64*)

Punto primero. Hay un santo en el cielo, hijo mío, que a pesar de ser de los más gloriosos, por un secreto de la Providencia, que debemos adorar, apenas fue conocido y obsequiado solemnemente de los fieles por espacio de muchos siglos.

Como pasó la vida oculto a los hombres y familiar tan solo a Dios y a sus ángeles, como su distintivo en este mundo fue la oración y el recogimiento, quiso el Señor continuar en el cielo dándole gusto por algunos siglos, para hacerle brillar después con mayor esplendor; que Dios, que se complace en humillar a los soberbios y fastuosos, se esmera en glorificar y ensalzar al humilde y recogido. Este santo incomparable fue el padre putativo del Hijo de Dios, el ayo de Jesucristo, el esposo verdadero de la Madre de Dios, el guardián del Rey de la gloria, el tesorero de las riquezas de Dios, el salvador del Salvador del mundo, el varón más amado y honrado de Dios, el único que entró en los consejos de la Sabiduría eterna al redimir el mundo, el glorioso patriarca san José. Sí, hijo mío, san José no es como los otros santos a quienes dio el Señor gracia para socorrer tan solo en una clase de necesidades, pues este bendito santo socorre en todas. Quiere el Señor darnos a entender que así como le estuvo sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre, siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Si siendo devoto mío eres, como debes, persona de oración, has de serle más aficionado, pues si no tienes maestro que te enseñe oración y tomas a este glorioso santo por maestro, no errarás el camino, y te doy por aprovechado. Aunque tengas muchos santos por abogados, debe serlo en especial el glorioso san José, que alcanza mucho de Dios en vida y en las agonías de la muerte. Pruébelo quien no lo creyere, pues querría yo ver a todo el mundo devoto entusiasta de mi señor y padre san José. Óyeme.

Punto segundo. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso santo por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. Vi claro, cuando vivía como tú, hijo mío, en este valle de lágrimas, que así de enfermedades del cuerpo como de otras mayores de honra y pérdida del alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo haberle suplicado cosa que lo dejase de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me hizo Dios por medio del bienaventurado san José, de los peligros que me libró, así de alma como de cuerpo. Cada año en su día le pedía alguna cosa, y siempre la vi cumplida: si la petición iba torcida, él la enderezaba para más bien mío. Desahuciada en una enfermedad en que me vi tullida a los veinticuatro años, y viendo cual me habían parado los médicos de la tierra, sin poderme valer, después de sufrir dolores insoportables, acudí a los del

cielo, y san José me dio la salud. No teniendo a veces ni una blanca con que comprar casa y pagar oficiales, san José me instaba a que la comprase, que él cuidaría de pagar; y así sucedió. En el alma me libró de mil tentaciones, y me enseñó a orar. Por intercesión de san José mi alma recorrió todos los grados de oración, y diome el Señor gracia para revelar a toda la Iglesia con mis escritos los secretos de la vida espiritual con un método concertado. Ellos explican las profundidades de la teología mística con una claridad celestial. ¿Y qué es todo esto? Es la historia de lo que pasó en el alma de san José y en la comunicación y trato que por espacio de treinta años tuvo con la Sabiduría eterna en el mundo. Por fin, en la hora de la muerte, asistiome e hizo dulce mi agonía, como protector que es de los agonizantes, y llevó mi alma al cielo en compañía de Jesús y María. Sígueme, pues, hijo mío, e imítame en ser devoto de san José.

Punto tercero. ¿Y amas tú a san José, hijo mío? ¿Le profesas al ayo de Jesús especial amor? Pues sábetete que después de Jesús y María el amor a san José debe ocupar el lugar preferente en tu corazón. Dios me escogió a mí para propagar y restaurar la Orden de su santísima Madre, la Virgen del Carmen, y quiso también por un secreto juicio de su Providencia fuese la encargada de extender por todo el mundo la devoción de su virginal esposo san José. Yo puse a casi todos los conventos el nombre de san José; yo con mis escritos, con mis palabras y obras cuidé siempre de predicar las bondades de tan gran santo. No podría, pues, reconocerte por hijo mío si no profesases especial cariño al que yo llamaba mi verdadero padre y señor. ¿No es verdad, hijo mío, que por darme gusto y por mirar por tu aprovechamiento espiritual, de aquí adelante te esmerarás en extender la devoción a tan gran santo y tan querido de mi corazón? Todo te predica y te insta a que le tengas tierno amor. El ejemplo de Jesús y de María que en vida le estuvieron sujetos. Mi conducta y amor josefino. El ser español, pues España le eligió por su Patrón (en 1616). Tu propio interés temporal y espiritual; el afán con que la Iglesia trata de honrarle declarándolo su Patrón universal, como si quisiera resarcir el descuido que se tuvo por tantos años a celebrar su fiesta; el entusiasmo de todos los fieles cristianos que a porfía le aclaman en toda necesidad; el amor y devoción, en fin, que le profesaba el padre común de los fieles, el inmortal Pío IX, el cual a su devoción fiaba la salvación del mundo. ¡Oh hijo mío! Y en este concierto y entusiasmo general, ¿tú solo estarías mudo e indiferente? ¡Oh! no; no es posible. Esfuérate, pues, en tan provechosa devoción, y verás por experiencia cuan grandes bienes reporta al alma el amar a san José y tenerle especial confianza y amor. Anímate y enmiédate.

Afectos y súplicas. ¡Oh santa mía! reconozco al considerar tu devoción a san José que mi alma no se ha aprovechado todo lo que debía de tan hermoso ejemplo. Poco o nada he amado a san José, y menos aún he hecho para acreditar esta devoción con mis obras. Ignoraba, oh santa mía, que Dios hubiese encerrado tan ricos tesoros de gracias especiales en esta devoción. Poco atento además a las necesidades de mi alma, no trataba seriamente de buscarles remedio: olvidado del trance de la muerte, del paso terrible del tiempo a la eternidad, y del abandono en que me dejará el mundo y todos los que hoy pueden ayudarme, descuidaba buscar amigos fieles que en aquel apretado lance pudiesen valirme. Pero, ¡ay! conociendo hoy lo que me importa al abandonar el mar de esta vida y abordar las playas eternas tener un amigo y un piloto

experimentado que me guíe al puerto con felicidad, desde hoy elijo por mi padre y señor y especial patrono al glorioso san José, para que en aquel trance me asista y muera en sus brazos. Palpando por dolorosa experiencia la multitud de males y necesidades de cuerpo y alma que me cercan, elijo por mi especial protector y ayuda al señor san José, para que provea en todas ellas, y me libre de todo peligro, y me preserve de todo mal. Sí, oh santo mío, señor san José, vos seréis de hoy más mi verdadero padre y señor, como lo fuisteis un día de mi amada santa Teresa. Cubierto con el manto de vuestra poderosa protección, en paz dormiré y descansaré, y nada podrá dañarme. Caerán a mi lado mil, y a mi derecha diez mil; veré cómo mis enemigos son confundidos y destruidos, y a mí nada podrá molestarme. Porque vos, santo mío, seréis mi verdadero padre y señor, mi escudo y defensa, y en todos mis peligros mi constante protector. Así sea, oh José mío, para que pueda cantar eternamente con vuestra hija Teresa las misericordias del Señor. Amén.

Dicho de la Santa sobre esta devoción. A otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; el glorioso san José tengo experiencia que socorre en todas. Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no lo creyere, y verá por experiencia cuán gran bien es encomendarse a este glorioso patriarca y tenerle devoción.

Ejemplo. Salió de Almodóvar nuestra Santa prosiguiendo su viaje para fundar en Beas, y pasando por Sierra-Morena, perdieron los carreteros el camino, y halláronse cuando lo advirtieron en una angostura de montes, de barrancos, de honduras, de fragosidades tan grandes, que ni ir adelante, ni volver atrás les era posible. Viendo la santa Madre afligida toda la gente, pidió a las monjas rogasen a Dios y a san José les abriese camino por donde salir de aquel peligro. Luego oyeron una voz, que parecía ser de algún venerable anciano, que les decía: *Teneos, teneos, que os despeñaréis si pasáis adelante.* Pararon obedeciendo la voz, y preguntando ¿por dónde saldrían? respondió que tomasen a tal mano. Y haciéndolo hallaron camino fácil y bueno. Admirados los carreteros del suceso milagroso, fueron en busca de su bienhechor para agradecerle el beneficio. Pero no pudiéndolo descubrir, dijo la Santa a sus compañeras: *No sé para qué los dejamos ir, que era mi padre san José, y no le han de poder hallar.* Tan a la mano tenía como esto su celestial patrocinio. Prosiguieron su camino, y las mulas con tanta ligereza, que afirmaron con juramento los carreteros que les parecía que volaban, y que aquellos riscos y barrancos se habían convertido en llanísimas vegas.

Práctica. Rezar los miércoles de cada semana siete *Padre nuestros con Ave María y Gloria Patri*, en honor de los siete principales dolores y gozos del Santo, consagrándole el mes de marzo para merecer su protección en vida y en la hora de la muerte.

Oración final.

MES DE ABRIL

PACIENCIA, MORTIFICACIÓN Y AMOR A LOS TRABAJOS DE SANTA TERESA DE JESÚS

Señor, o morir, o padecer. (*Santa Teresa.*)

Punto primero. La paciencia, hijo mío, te es necesaria en este valle de miserias y lugar de destierro, donde tanto abundan los trabajos, porque es la virtud que te enseña a tolerar los males de la vida con igualdad de ánimo, o sea sin dejarte perturbar de la tristeza. No desmayes, hijo mío, cuando el Señor te castiga, porque a los que Él ama castiga y huelga con ellos como padre con su hijo. Y ¿qué hijo hay que no sea castigado alguna vez por su padre? Y aunque el Señor no te enviase trabajos ni castigos, tú deberías tomarlos haciendo penitencia y macerando tu cuerpo, pues la justicia exige que los miembros que han servido con deleite al pecado, se empleen aun con dolor en obras de virtud. ¡Oh hijo mío! El mundo aborrece, porque no tiene el espíritu de Jesucristo, toda mortificación, y se estremece o se irrita al solo nombre de paciencia y penitencia. Pues sábetelo, hijo mío, que éstas son virtudes de los hijos de Dios, y a los que las tienen, las pérdidas se convierten en ganancias. Los que son de Cristo, dice el apóstol, mortifican, crucifican su carne con sus malas pasiones, y la sujetan a la servidumbre de la ley de Dios, siempre llevando en su cuerpo la mortificación de Jesucristo. Son instrumento general para alcanzar todas las virtudes, pues todas están vestidas de dificultad, las cuales son como viudas estériles sin el socorro y esfuerzo de la paciencia y mortificación. ¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperatrices del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro Señor Jesucristo! Quien las tuviere, bien puede salir a pelear con todo el infierno junto y contra todo el mundo y sus ocasiones: no haya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos. Con la paciencia y mortificación vencerás a ti mismo y poseerás tu alma, y vivirás en región de paz donde no llegan las peregrinas impresiones y nublados de este siglo tempestuoso, y de donde verás como debajo de tus pies todas las nieblas, y torbellinos del mundo. ¡Oh hijo mío! mortifica tus malas inclinaciones, y ten paciencia en los trabajos de la vida. No oigas al mundo, que te brinda con placeres y te da tormentos. Abrázate con la Cruz y sigue a tu capitán Jesús, que aquel que padeciere con Él, con Él será glorificado, y morará eternamente en el paraíso de deleites. Óyeme.

Punto segundo. Pondera, hijo mío, que mi alma pedía al Señor de continuo: o morir o padecer, creyendo que mi vida era inútil si no padecía por Dios. Dios oyó mi deseo, pues dudo haya cuerpo humano que haya padecido lo que este mío con toda clase de enfermedades. Los demonios atormentábanme con fuertes golpes, y hasta llegaron a romper mi brazo izquierdo, en cuya curación sufrí lo que solo Dios sabe. Gusté por espacio de veinte años los tormentos de desolación de espíritu, que es el principal tormento, pues es como un martirio perenne. Sufrí los temores de ser engañada por el demonio. A pesar de que muchas veces parecíame, en la intensidad del dolor, que se descoyuntaban todos mis huesos, pedía al Señor, si era su voluntad, me dejase con estos tormentos hasta el fin del mundo. Para desear padecer no necesitaba otro motivo que la misma paciencia. Nunca me quejé de mis males, y mi petición era la de Job: si recibimos de Dios los bienes, ¿por qué no hemos de recibir los males? Con esto no quedó todavía saciada mi sed de padecer, y yo misma fui para mí mi más cruel verdugo. Con azotes durísimos, con manojos de ortigas y de llaves maltrataba mi cuerpo virginal hasta derramar sangre. Mi cilicio de aceradas puntas, el revolverme

sobre las espinas era mi recreo. Nunca gusté de vino; no comí carne sino en extrema necesidad y por mandato de obediencia, a pesar de vivir siempre enferma. Mi lecho era de paja, mi vestido interior, de lana. Dos o tres horas era mi sueño, para dedicar las otras a la oración. Y esto en mis viajes. Con esto no estaba satisfecho mi deseo de padecer, pues cuando me acometían las ansias de ver a Dios, solo hallaba descanso y alivio castigando mi cuerpo. Quejábame de mis confesores porque me iban a la mano en las penitencias; aunque sabiendo por el Señor que más le gustaba la obediencia que la penitencia, les obedecía, y nunca la hice sin su permiso. Ayunaba casi todo el año, y en cuarenta años no pasé día sin dolores. Padecí en la honra y fama muy mucho y levantáronme falsos testimonios de cosas gravísimas. Tenía gran envidia a los santos que padecieron por Cristo; y pues no era para aprovechar, deseaba ser para sufrir. ¡Oh hijo mío! cuantos trabajos hay en el mundo hubiera sufrido por cumplir un poquito más la voluntad de Dios, y tener mayor gloria en el cielo. Y todos estos trabajos los sufrí con alegría, con paciencia, con grandísimo contento, sin murmurar ni quejarme de la providencia de Dios. No obstante, hijo mío, yo nunca cometí pecado mortal. ¿Y piensas tú, pecador como eres, que hay para ti otro camino para ir al cielo? ¡Ah! no: yerras, yerras, hijo mío. Padece con Cristo, y reinarás con Él. Sígueme.

Punto tercero. Y ¿qué has hecho tú para adquirir estas virtudes?, ¿qué has padecido tú por Dios y para satisfacer por tus pecados?, ¿piensas que está el merecer, hijo mío, en gozar? no está sino en obrar, en padecer y en amar. Mira tu amor al padecer, y de aquí podrás sacar tu aprovechamiento en la virtud. Pon tus ojos en Cristo Jesús y su inmaculada Madre, y verás al uno llamarse varón de dolores, y la otra Virgen de los Dolores. Mira, hijo mío, a los que más amaba el eterno Padre, qué les dio; pues eso mismo da a todos sus siervos. Aquel a quién el Señor ama y le quiere para el cielo, castiga en este mundo para darle después gloria y recompensa. ¿Eres afligido por Dios con enfermedades y otras tribulaciones? No desmayes, pues, hijo mío: alégrate, porque es señal de que el Señor te quiere para la gloria. No puedes vivir, hijo mío, sin padecer; pues haz de la necesidad virtud. El Señor acostumbra enviar mayores trabajos a los que no hacen penitencia voluntaria para que con ellos despeguen su corazón de las cosas criadas, y busquen las celestiales y eternas para que han sido criados. Dios, hijo mío, da a beber las lágrimas con medida. ¿Quieres esforzar tu corazón y alegrarte en los sufrimientos? Pues no mires al trabajo, sino al premio; no a la pena, sino a la corona; no a la amargura de la medicina, sino a la salud que por ella se alcanza; no al dolor del azote, sino al amor del que lo envía. Reconoce, hijo mío, que no es ser buen cristiano solamente rezar y oír Misa, sino que te halle Dios como a otro Job y Abrahán, fiel en el tiempo de la tribulación. No es mucho bendecir al Señor y servirle en prosperidad: esto los malos lo practican; en tiempo de guerra y de trabajos es donde se conoce el verdadero y fiel vasallo. Mejor te es aquí padecer un poco, para después tener gozo cumplido por todos los siglos, que no nadar en regalos y placeres el breve espacio de la vida, y después padecer para siempre, siempre, siempre. ¡Oh hijo mío! medita esta verdad: Breve gozar, eterno penar; breve penar, eterno gozar. Sé cuerdo, pues, y... enmiéndate.

Afectos y súplicas. Como san Agustín, Dios mío, clamaré a Vos: “Aquí me cauteriza, aquí me quema, aquí castígame con tal que eternamente no me castigues”. O morir en tu amor, o padecer, ¡Jesús mío! Merecía por mis pecados arder para siempre en el

infierno. Pues, Señor mío, misericordia grande será si os contentáis en satisfacción de mis culpas que pene tan solo los cortos días de mi vida. Solo os pido, Señor, que si aumentáis el padecer, aumentéis la paciencia y la gracia para sufrirlo todo por Vos. ¡Oh Dios mío! Tú has dicho que estás con el alma atribulada, que la librarás y glorificarás. Dame, pues, siempre tribulaciones, porque siempre estés conmigo. Con las prosperidades me olvidé de ti. Adolecí con deleites; convalezca con dolores: caí, bien mío, cometiendo cosas ilícitas; quiero levantarme careciendo aun de las lícitas. Ayúdame, pues, Señor, contra mí mismo, para vencerme siempre y en todas las cosas, no obrando lo que a mi paladar estragado es sabroso, sino lo que Tú quieres de mí y fuere conforme a tu santa ley. Ayúdame, Dios mío, en esta empresa, pues desde hoy quiero que los miembros que han servido al pecado se empleen todos en servir a la justicia, para que de esta suerte padeciendo con Vos, y peleando legítimamente, sea con Vos coronado en la gloria. ¡Teresa de Jesús, inocente y pura! Alcánzame gracia de imitarte en tu penitencia, a mí que no te seguí en la inocencia, para decir con verdad: O morir, o padecer; padecer y no morir hasta haber satisfecho plenamente a la justicia divina por mis pecados. Amén.

Dicho notable de la Santa sobre esta virtud. Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada.

Este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan más necesidades descubre. Está el todo en perder cuidado de nosotros mismos y de nuestro regalo. Quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que puede ofrecer es la vida, pues le ha dado su voluntad. Cree, hija, que a quien mi Padre más ama da mayores trabajos, y a estos responde el amor. Este es el camino de la verdad. No ha de ser más el siervo que el Señor.

Ejemplo. Todo lo que padeció santa Teresa de Jesús era nada para lo que deseaba padecer, y así, aunque el natural contradijese, la determinación de ponerse a cualquier trabajo siempre estaba firme, y decía a nuestro Señor que no hiciese caso de aquellos sentimientos de su flaqueza, para mandarla lo que fuese servido, que con su favor no lo había de dejar de hacer. Decía que no había para qué vivir sino para padecer por Dios, y eso era lo que más de gana pedía a nuestro Señor. Decíale algunas veces: Señor, o morir, o padecer; no os pido otra cosa para mí.

Gustaba menos de las fundaciones que se habían hecho sin contradicción y trabajo; las que habían costado mucho, le daban gran contento, y tenía más confianza de que habían de durar. A todas las virtudes animaba mucho a sus hijas, pero señaladamente a esta de padecer por Dios. Decíales que habían de tener por afrenta ir por otro camino que por el que había ido su Esposo. Y que la monja que no sintiese en sí deseos de esto, no se tuviese por verdadera descalza, porque sus deseos no habían de ser de descansar, sino de padecer, por imitar algo al Señor. No se espantará tanto de lo dicho quien considerare que también en esta virtud fue el Señor muy particularmente su maestro, como en la humildad, el cual una vez le dijo estas palabras: “¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, en padecer y en amar. No habrás oído que san Pablo estuviese gozando de los goces celestiales más de una vez, y muchas que padeció. Ves mi vida toda llena de padecer, y solo en el monte Tabor

habrás oído mi gozo. No pienses, cuando ves a mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grave tormento. Desde que le dijo Simeón aquellas palabras, la dio mi Padre clara luz para que viese lo que Yo había de padecer. Los grandes santos que vivieron en los desiertos, como eran guiados por Dios, así hacían graves penitencias; y si en esto tenían grandes batallas con el demonio y consigo mismos, mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolación espiritual. Cree, hija, que a quién mi Padre más ama, da mayores trabajos, y a estos responde el amor. ¿En qué te lo puedo más mostrar que en querer para ti lo que quise para Mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores; este es el camino de la verdad”.

Con esto se animaba la Santa, y deben animarse sus devotos a padecer por Jesús.

Práctica. Sufrir con paciencia los trabajos de la vida y las faltas del prójimo, por amor de Dios. Ayunar los sábados en satisfacción de nuestros pecados, y guardar abstinencia de carne los miércoles y viernes del año.

Oración final

MES DE MAYO

AMOR DE SANTA TERESA DE JESÚS A MARÍA INMACULADA

Quando murió mi madre, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora, y supliquela fuese mi madre con muchas lágrimas... lo que me ha valido mucho. (*Santa Teresa*)

Punto primero. Tres paraísos crió el Señor: uno para el hombre en estado de inocencia; otro para el hombre en estado de gracia, y otro para sí propio. El primero se llamó paraíso terrenal, el segundo se llama paraíso del cielo, y el tercero es María siempre Virgen inmaculada, paraíso de Dios. Pondera, pues, hijo mío, si tan ricos y hermosos son los paraísos criados para recreo y felicidad del hombre, cuáles deben ser las riquezas y hermosura del que crió para su propio descanso y delicioso recreo el Criador. Admira en silencio tanta grandeza. María refleja sobre nosotros la magnificencia de Dios, y su dignidad es la más excelsa que pueda concebirse, frizando en los límites de la divinidad. María hijo mío, es como un trofeo del amor divino, sobre el que ha colgado la Santísima Trinidad todos los dones y prerrogativas que una pura criatura es capaz de recibir. Así como el guerrero tiene un templo donde amontona todas las banderas y ricos despojos de los enemigos, así Jesús, Dios de los ejércitos, todos los timbres de sus victorias los colocó en María, su Reina y Madre, para honrarla y para que fuese un monumento y blasón de sus grandezas y omnipotencia. Diola a la par de tanto poder y magnificencia un corazón tan compasivo, que no se halla en María más que bondad y misericordia, amabilidad, gracia y perdón. Es Madre, hijo mío, y una madre se desvive por el bien de sus hijos. Es Virgen purísima, que no procura sino la hermosura y limpieza de las almas y cuerpos de sus devotos. ¡Oh hijo mío! Ama a María, piensa en María, sirve a María con filial amor y devoción, y tu alma está

salvada. Si María forma las delicias de todo un Dios, ¿será acaso tu corazón más exigente buscando un objeto más digno de tu amor por su bondad y hermosura? ¡Oh hijo mío! el Corazón de Dios se contenta y recrea amando y honrando a María, ¿y el tuyo no se contentará con lo que se contenta Dios? Imposible es de todo punto, si conoces el don que Dios te ha hecho dándote por madre a su propia Madre, la Virgen María. Ama, pues, y sé devoto especial de María, y no te condenarás. Óyeme.

Punto segundo. Reflexiona, hijo mío, que después del amor de Jesús, el amor a María fue mi distintivo y el de todos mis hijos... Desde que niña mi buena madre me enseñó a ser devota de María y a rezarle el rosario todos los días; desde que a la edad de doce años, privada por la muerte de mi cristiana madre, elegí a María por mi buena madre hasta que expiré, acompañando entonces ella mi alma al cielo, conocidamente hallé siempre a esta Virgen soberana en cuanto me encomendé a ella, y en fin me tornó a sí, de suerte que jamás perdí la gracia bautismal; pues aun estando enferma en el alma en muchas vanidades cuando joven, jamás lo estuve de manera, que a cuanto entendía estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido pero entendiéndolo yo de ninguna manera lo estuviera. ¡Oh hijo mío! más fácil sería reducir a cuento las estrellas del cielo que enumerar los favores que recibí de tan bondadosa Madre. En mis dudas fue mi consejera; en las sequedades mi regalo; en las tentaciones mi protectora; en los peligros mi amparo; en mis trabajos alivio; en vida fue mi refugio, y en la hora de la muerte mi defensora. Sin la protección y amor maternal de María, mi alma huérfana y sin arrimo se hubiera perdido, y no cantarí un cántico de gratitud al Rey de la gloria. Si quieres poseer tú igual dicha, hijo mío, imita mi ejemplo. Invoca a María, y como estrella del mar agitado de la vida te guiará con seguridad al puerto de la eternidad feliz. Tu alma reposará en tranquila paz bajo la protección de su mano maternal, y no temerás al león infernal, que anda siempre a tu alrededor para devorarte, pues la vista de tan cariñosa Madre es terrible dardo contra el enemigo condenado que no sabe amar. Sígueme.

Punto tercero. ¿Cómo se halla tu corazón para con María Inmaculada?, ¿amas a María, hijo mío?, ¿la amas con tierno amor?, ¿acudes a ella con la confianza que acude un hijo a su buena Madre? Observa, hijo mío, que los adelantos o paradas en el camino del cielo son en tu alma a medida que eres más fervoroso o aflojas en el servicio de María.

La devoción a María no es tan solo señal de predestinación, sino también de adelantamiento en la virtud. Recuerda tus mejores días, tus inocentes años; trae a la memoria el tiempo más feliz de tu vida, y verás fue aquel en que tu corazón amaba a María, servía a María, suspiraba por María. Si María es la respiración del alma cristiana, según la hermosa y exacta frase de san Germán, contempla cuál vivirá tu alma, qué vida tan pesada y triste llevará sin invocar a tan buena Madre, que es vida, dulzura y esperanza de nuestro corazón. Anímate, hijo mío, en el servicio de María, y no permitas que el maligno espíritu arranque de tu alma esta prenda segura de salvación. El malvado, como conoce por experiencia que el alma que invoca a María está salvada, todo su afán es hacerte olvidar que en el cielo tienes una bondadosa Madre y poderosa abogada, para hacerte caer en el pecado y sumirte en la desesperación, olvidado de tu último fin. Como Holofernes con Betulia, se esfuerza por cortar el acueducto de las aguas de la gracia, que es la devoción a María, para rendirnos a sus

ataques y darnos muerte. ¡Oh hijo mío! escucha mi voz, la voz de tu hermana que te ama: antes perderlo todo que abandonar la devoción a María; antes perderlo todo que perder el alma la esperanza de salvarse amando a María. Graba en tu corazón esta verdad salvadora: primero perderlo todo que dejar de amar y servir a María. Enmiéndate.

Afectos y súplicas. ¡Purísima Virgen María, Madre de Dios y Madre mía de mi alma! Reconozco mi ingratitud en corresponder a vuestros favores y mi infidelidad e inconstancia en amaros y serviros. Me hallo pobre, enfermo y en peligro de condenarme, porque me he olvidado de recurrir a vos, que sois salud en los peligros y salvación para los que os invocan. Quiero enmendar mi vida, y ser en adelante perpetuo siervo y esclavo vuestro. Yo os suplico con vuestra predilecta hija Teresa de Jesús, que seáis mi Madre desde ahora, y que nunca me abandonéis: yo os elijo por mi Madre y señora, y quiero consagrarme siempre a conoceros y amaros, y haceros conocer y amar de todos los corazones. Sí, Madre mía, perdonad mis yerros, y dadme la perseverancia en vuestro santo servicio, pues así iré al cielo a gozar de Dios. Amén.

Dicho de la Santa sobre esta devoción. Agrada mucho a Dios cualquier obsequio que se haga para honrar a su Madre María.

Ejemplo. Una de las gracias más singulares que recibió la virgen Teresa de su buena Madre María fue la que cuenta en el libro de su *Vida* (cap. XXXIII) por estas palabras: "Estando el día de nuestra Señora de la Asunción en un monasterio de la Orden de santo Domingo, vínome un arrebatamiento tan grande que casi me sacó de mí. Parecióme estando así que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad; y al principio no veía quién me la vestía: después vi a nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi padre san José al izquierdo, que me vestían aquella ropa: dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir yo, con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos nuestra Señora. Díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso san José; que creyese, que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían, que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedra es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tizne, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso san José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven: Parecíame nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento (más a mi parecer, que nunca le había tenido y nunca quisiera quitarme de él), parecióme que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles; yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada y elevada, y recogida en

oración y enternecida, que estuve algún espacio que menearme ni hablar no podía, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efectos, y todo pasó de suerte que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios nuestro Señor. Dejome consoladísima y con mucha paz".

Práctica. Llevar siempre con devoción el escapulario de nuestra Señora del Carmen, para merecer en vida, en la muerte y en el purgatorio su protección, rezando a este fin siete *Padre nuestros* o tres *Ave Marias* todos los días.

Oración final.

MES DE JUNIO

MEDITACIÓN DE LA DEVOCIÓN DE SANTA TERES DE JESÚS A JESÚS SACRAMENTADO

Pues sabemos que mientras no consume el calor natural los accidentes de pan cuando comulgamos, está con nosotros el buen Jesús, no perdamos tan buena sazón y lleguémonos a Él.
(*Santa Teresa*)

Punto primero. Maravilloso es Dios en todas sus obras, hijo mío. Admirable es su nombre. Pero en ninguna lo es tanto como en el Sacramento del altar. Viendo el Salvador cómo partiéndose de esta vida quedábamos solos y desamparados en medio de tantos enemigos, para remedio de todos nuestros males instituyó este divino Sacramento. Con él hace al hombre divino, esto es, semejante a Dios en la santidad y pureza de la vida, participante de su naturaleza y después en la bienaventuranza de la gloria. Mi carne, dice el Salvador, verdaderamente es manjar, y mi sangre verdaderamente bebida: el que come mi carne y bebe mi sangre, está en Mí y Yo en él. Por consiguiente, estando Dios en el hombre, y el hombre en Dios, viene a hacerse (como dice el apóstol) un espíritu y una cosa con Él, que es la mayor gloria y dignidad que en esta vida se puede alcanzar. ¡Oh hijo mío! Jesús en el Sacramento del altar derramó los tesoros de su gracia sobre nosotros; abrió su corazón de padre, y rotas las venas de su infinito amor, las dejó correr sobre sus hijos. Encendido estaba este corazón en nuestro amor, y no pudiendo ya más encubrirse, salió fuera la llama de su resplandor, y nos hizo esta dádiva de que el siervo reciba a su Señor, y el hombre coma el Pan de los ángeles, y se le ofrece en manjar de vida eterna por todo el tiempo de su vida mortal. ¡Oh maravillosa bondad! ¡Oh inefable caridad! ¡Oh largueza nunca oída! Ama, pues, hijo mío, y aliméntate a menudo con tan sabroso manjar. Óyeme.

Punto segundo. Yo, Teresa de Jesús, alma de condición amorosa y agradecida, debía profesar especial devoción al Sacramento del amor y de la acción de gracias. Y así lo hice. Todos mis afanes, hijo mío, se dirigían a procurar hubiese el Señor una casa más donde residiese sacramentado, para desagrarle de las injurias de los herejes de aquellos tiempos. Amaba la limpieza de la casa del Señor, y cuidaba con especial aseo

de los lienzos y vasos sagrados y de cuanto tocaba al servicio de Jesús sacramentado; y cuando me hallaba entre señoras ricas, me acodiciaba a las pastillas y pebetes para el Santísimo Sacramento. Comulgué diariamente por espacio de veintitrés años, siendo lo más frecuente recibir especialísimos regalos después de comulgar. Introduje en el convento de la Encarnación la frecuencia de la Comunión, y el Señor me quitó el vómito de la mañana para que pudiera comulgar, y el de la noche me duró toda vida.

Vi muchas veces, hijo mío, al Señor en la Hostia consagrada, que verdaderamente está allí bajo los accidentes de pan. Recibíale con tanta pureza de alma que jamás le recibí sin confesarme primero, si entendía haber cometido un solo pecado venial. Cuando tenía tentaciones se me quitaban acercándome al Santísimo Sacramento, y quedaba mi alma que se deshacía en amor y alegría, y el cuerpo sin dolores. Todo me avisaba y despertaba en mí las ansias de ver y recibir aquel Dios que por mi amor estaba encerrado en la Hostia, y de día y de noche mora con infinito amor en la cárcel estrecha del sagrario, olvidado de los hombres o recibiendo agravios. ¡Oh hijo mío! ¡Si conocieras el don de Dios! ¡Cómo te engolosinarías en el gusto de este manjar y no dejarías pasar día sin recibirle a lo menos espiritualmente, ni hora sin visitarle, ni momento sin agradecerle tan excesiva fineza! Si quieres dar una prueba de que me amas, es necesario de todo punto que comulgues a menudo, y cobres especial amor y afición a Jesús sacramentado. Sígueme.

Punto tercero. Considera ahora, hijo mío, cómo imitas este ejemplo. ¿Cuál es tu amor y agradecimiento a Jesús sacramentado? ¿Amas a Jesús en el misterio de su amor? Si le amas, con frecuencia le visitarás en sus altares, y le recibirás con gran aparejo y limpieza de tu alma, y amarás el aseo y decoro de la casa de Dios. ¿Lo has hecho así? ¡Ay! de temer es de tu indiferencia para con este Señor que hayas exclamado como el pueblo judío: "Me cansa y causa ya fastidio el comer de este manjar": porque no conoces cuánto vale este tesoro. Estás ¡oh hijo mío! cercado de la muchedumbre de los beneficios divinos: cargado con el peso abrumador de innumerables pecados, que son otras tantas deudas que has de satisfacer a la divina justicia: desfallecido con el sinnúmero de miserias y flaquezas que te cercan, y pobrísimo para socorrerte. ¿Qué debes hacer? En Jesús sacramentado hallarás cuanto necesitas. Él es para ti acción de gracias y galardón con que pagas a Dios Padre todos los beneficios; es víctima que satisface plenamente por tus pecados; es pan y fortaleza de los fuertes que vence toda dificultad, y esfuerzo a los débiles. Acércate, pues, a mi ejemplo, a recibir a Jesús sacramentado con gran amor; recíbele con agradecimiento y humildad, y después de recibido dale gracias considerándole hospedado en la pobre casa de tu corazón, y como la Magdalena, postrándote a sus pies, dile con humildad: Oh Jesús mío, bienvenido seáis; os amo con todo mi corazón, os pido perdón de todos mis pecados, y gracia para seros fielmente agradecido: os amo, os adoro, os doy gracias; dame la perseverancia y el perdón. Perdonad, Jesús bueno, a quién tan mal ha correspondido hasta aquí a las finezas de vuestro amor. Enmiéndate.

Afectos y súplicas. ¡Oh Dios de amor! ¡Oh amor de mi alma! ¡Cuán mal he correspondido a las finezas de tu amor! Tú me amas, Jesús mío, en ese Sacramento del altar más de lo que yo me puedo amar y entiendo. De día y de noche estás encerrado en la cárcel estrecha del tabernáculo, esperando que venga a visitarte y recibirte.

Desde allí me llamas y me convidas a que venga a sentarme a tu mesa y coma el Pan de los ángeles. ¡Y yo, haciéndome el sordo, o distraído con las pueriles ocupaciones de la vida, no oigo tu suave voz ni vengo a gustar tu manjar! ¡Oh dureza de mi corazón! Ablándela, Dios mío, tu piedad. Dame que te ame con todo mi corazón, que te visite con frecuencia y guste de las dulzuras que están escondidas en ese celestial banquete. ¡Oh Jesús de mi corazón, mi alimento, mi amor y todas las cosas! Dame gracia para recibirte a menudo en ese Sacramento con el aparejo y hacimiento de gracias con que lo hacía tu enamorada esposa Teresa, y sea por la participación de este Sacramento todo de Jesús. ¡Viva Jesús en mis sentidos, en mi corazón y en mi alma ahora y siempre! Amén.

Dicho notable de la Santa sobre esta devoción. Acabado de recibir al Señor, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrid los del alma, y miraros el corazón, que yo os digo que si tomáis esta costumbre con limpia conciencia, se os dará a conocer. Esta es de buena gana, y no perdáis tan buena ocasión de negociar con el buen Jesús, que no suele pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje.

Ejemplo. Tan grande fue el amor de Teresa a Jesús sacramentado, que por algunos autores es llamada Doctora eucarística, y por el P. Faber, Maestra de la acción de gracias después de la Comunión. La causa principal de que muchas comuniones no son fructuosas es porque no negociamos bien con Dios después de haber comulgado; no agradecemos a tan magnífico Huésped tan señalado favor. Pues si cuando el buen Jesús andaba por el mundo, de solo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros el Señor, estando tan dentro de mí, si tenemos fe viva, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Tenía nuestra Santa devoción de comulgar el Domingo de Ramos, siempre con esta consideración, que había sido mucha la crueldad que habían hecho los judíos aquel día en dejar ir a Jesucristo nuestro Señor a comer tan lejos, a Betania, después de tan gran recibimiento y así ella hacía esta cuenta, que quería convidar a comer al Señor, y que se quedase con ella, y para esto aparejaba su alma lo mejor que podía para hospedarle. Y un día de esos habiendo ya treinta años que tenía esta devoción, en tomando en la boca el Santísimo Sacramento quedó con tan gran suspensión, que no le podía pasar, y teniéndosele en la boca, cuando volvió un poco en sí, le pareció verdaderamente que toda la boca se le había hinchado de sangre, y parecíale que todo el rostro y toda ella estaba cubierta de la sangre misma caliente, como si entonces se acabara de derramar, y era excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjole el Señor: "Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con gran deleite, como ves. Bien te pago el convite que me hacías este día". Así pagaba el buen Jesús el fervor con que se aparejaba para recibirle su amada esposa Teresa, y asimismo se portará con los que imiten tan sublime ejemplo.

Práctica. En obsequio de santa Teresa de Jesús comulgaré con amor y hacimiento de gracias todas las semanas, o por lo menos una vez al mes, y daré gracias después de comulgar por el tiempo de un cuarto de hora a lo menos.

Jaculatoria que se repetirá a menudo durante el mes: santa Teresa de Jesús, Doctora y Maestra de la acción de gracias después de la Comunión, enséñame a ser agradecido a Jesús sacramentado.

Oración final

MES DE JULIO

CASTIDAD VIRGINAL DE SANTA TERESA DE JESÚS

Nunca fui inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía (*Santa Teresa de Jesús*)

Punto primero. Considera, hijo mío, que no hay virtud más hermosa que la de la castidad, que consiste en refrenar la concupiscencia según la recta razón. Es de absoluta necesidad para toda clase de personas y estados, pues sin la castidad nadie verá a Dios. Más la virginidad, que es la castidad más perfecta, hace del hombre ángel, y representa en esta vida aquel dichoso estado de inmortalidad, y guarda este vaso frágil de nuestro cuerpo con santidad y honra, como un oloroso bálsamo que conserva los cuerpos de los muertos sin corrupción. Esta celestial virtud de la castidad perfecta o virginidad, propia de los moradores del cielo, ahorra al hombre infinitas maneras de molestias, cuidados, congojas y desasosiegos que están anejos al estado del matrimonio y son impedimento de la perfección. Es, hijo mío, esta virtud como una gran señora que no puede vivir sino acompañada de otras virtudes, que son la abstinencia, la oración, el recatamiento y el apartamiento y entredicho de todas las ocasiones con que esta flor hermosísima se puede marchitar. Porque debes saber, hijo mío, que la misma hermosura y limpieza de esta virtud la hace más delicada y que su guarda exige más exquisitos cuidados; pues una mirada, un pensamiento, una conversación, un tocamiento menos honesto consentido, bastan para echarla a perder totalmente. Ayuda a ello la más furiosa y desaforada pasión que nos vino por el primer pecado; por eso, hijo mío, ninguna cautela es excesiva para guardarla. En el cielo, hijo mío, se llegarán a Cristo más familiarmente los castos, y singularmente las vírgenes se deleitarán de la limpieza de sus cuerpos. Hace esta virtud a los mortales templos vivos del Espíritu Santo, pues aquel divino Espíritu amador de la limpieza, así como uno de los vicios que más detesta y huye es la deshonestidad, así en ninguna parte más alegremente reposa que en las ánimas puras y limpias. Por ello escogió el Hijo de Dios, concebido del Espíritu Santo, nacer de una Madre Virgen, aunque hubiese de obrar un gran milagro. ¡Oh hijo mío! huye, huye de las ocasiones que fomentan las pasiones deshonestas, y ama la pureza y castidad sobre todos los bienes y riquezas del mundo, porque si limpia y castamente vivieres, tendrás placeres y alegrías sin fin; y si deshonestamente, serás llevado a los tormentos eternos. Y cuanto más sientes que pasa ligeramente la vida, esfuérate más a vivir castamente, pues un momento dura lo que deleita, y eternamente lo que atormenta. Óyeme.

Punto segundo. Considera, hijo mío, que por una especial gracia del cielo guardé siempre la limpieza de cuerpo y alma con tan aventajada pureza, que no tuve en toda mi vida ni movimientos ni pensamientos malos, como naturalmente sucede a otros, ni supe qué cosa eran. Nunca fui inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía. El Señor me hizo merced de que en esas cosas en toda mi vida no tuviese que confesar. Fui un tesoro virginal, y lo que los ángeles poseen por naturaleza, mi alma lo tuvo por singularísimo privilegio. Cuantos me trataban me consideraban, no como persona compuesta de carne y sangre, sino como un ángel que vivía sobre la tierra. En mis palabras, en mis acciones, en mis ojos y en mi rostro resplandecía siempre esta angelical virtud, y todos los que se acercaban a mí cobraban amor a la pureza. Viví, hijo mío, en una total ignorancia del vicio deshonesto, vicio que más reina en el mundo y más almas condena. Por esta pureza virginal, hijo mío, merecí del Señor que en vida mi cuerpo exhalase suavísimo olor, a pesar de ser mortificado con grandes penitencias. Amé siempre con especial cariño a las almas castas, y como mi compañero en los honores de la canonización san Felipe Neri, con la grata fragancia o mal olor sabía distinguir las personas castas de las impuras. El Esposo de las vírgenes e Hijo de una Madre siempre Virgen, mi Jesús, hijo mío, viene simbolizado en el lirio de los valles, y se apacienta entre las azucenas; por eso mi alma pura y virginal tantas caricias y regalos le hizo, hasta querer ser conocido por Jesús de Teresa. El mismo Señor ha querido demostrar más y más mi perpetua castidad virginal con la admirable integridad, incorrupción y olor suavísimo y licor que mana de mi cuerpo después de tres siglos que yace muerto. Esta incorrupción y olor suavísimo son como premios correspondientes a la perpetua pureza de mi cuerpo. Y aún ha querido el Señor que esta virtud celestial se comunique a mis escritos. Que si en vida cuando un sacerdote se veía muy apretado de tentaciones deshonestas, con solo leer mi carta se le quitaba la tentación, después de mi muerte ha querido conservar el Señor esta propiedad a mis escritos, pues muchas almas tentadas con esta clase de tentaciones, leyendo alguna de mis páginas se ven libres de este fuego impuro. Porque así como un fuego quita a otro fuego, el fuego del amor de Dios que respiran mis palabras apaga luego los ardores de este incendio infernal. ¡Oh hijo mío! Resuélvete de todas veras a guardar castidad según tu estado y profesión, pues no de otro modo podrás reconocermte por tu madre y protectora. Sígueme.

Punto tercero. Y tú, hijo mío, ¿cómo has guardado el tesoro precioso de la pureza?, ¿tu alma y cuerpo han sido castos?, ¿se han visto libres de la corrupción e inmundicia que inficiona al mundo?, ¿te ruborizas y no te atreves a alzar los ojos y mirarte en mí, espejo de pureza virginal? ¡Oh hijo mío! no decaigas de ánimo ni entres en desaliento. Puedes aun agradar a tu Dios y Señor, si no con tu inocencia, a lo menos con tu penitencia. Corrígete y enmiéndate de tus antiguos pecados, y llora los deslices de tu mocedad. Haz un serio examen de tu vida pasada, y saca de allí regla de conducta para tu modo de vivir. Verás, si bien lo examinas, que tus pecados primeros fueron hechos por instigación o ejemplo de un mal amigo o compañero; verás que tu alma cayó en la liviandad por la ociosidad, por el trato con personas de distinto sexo, por leer libros malos o mirar pinturas obscenas, por oír conversaciones menos honestas, por frecuentar lugares peligrosos para la inocencia. Esto debe hacerte cauto para en adelante. Huye, hijo mío, si quieres ser casto, de las ocasiones de pecar. Solamente los

que huyen vencen a esta clase de enemigos. Nacido en pecado e inclinado al mal desde tu infancia, hallarás remedio a tu flaqueza en la fuga de todo lo que es incentivo al mal. La oración y lectura de mis escritos, el trato con personas castas, la devoción a María y la frecuencia de sacramentos preservarán a tu alma de la corrupción. Sí, hijo mío; recibe a menudo a Jesús sacramentado si quieres ser casto. Él, Hijo de María, Virgen purísima, conservará tu cuerpo y alma en limpieza y castidad, te esforzará en los combates, y te dará celestiales delicias que te harán olvidar o pondrán asco por los sucios deleites de la carne. Jesús sacramentado, depositado en tu corazón, le hará germinar castos deseos y pensamientos, y el ardor de su llama de amor divino apagará los ardores de la concupiscencia. Y así, hijo mío, podrás recobrar la amistad con tu Dios, hermostear tu alma con limpieza y pureza, y tornar a ser por la penitencia como lo fuiste en los días más dichosos de tu inocencia, lugar de delicias y descanso para el Señor Jesús, amador de pureza y santidad. Enmiéndate.

Afectos y súplicas. ¡Oh castísima Teresa de Jesús! mi alma se confunde al contemplar la hermosura y limpieza virginal de tu cuerpo y alma, y no me atrevo a fijar mis impuros ojos en tanta santidad y candor. Nacido como tú en pecado, adornado como tú con la estola blanca de la inocencia no supe conservar tan precioso tesoro, y ¡necio de mí! ensucié mis blancas vestiduras dando entrada en mi alma a pensamientos feos, y profanando mi cuerpo, templo santificado con la presencia de Dios. ¡Por un sucio deleite vendí la gracia del Señor! ¡Por un placer de un momento compré fuego eterno! ¡Qué ceguedad y locura! Mas, santa mía, castísima Teresa, hoy convertido a mejor vida lloro mis pecados pasados, mis ignorancias y flaquezas, y a ti recurro en este día para que me alcances de tu santísimo esposo Jesús que me mire con misericordiosos ojos, y compadecido de mi miseria me torne la estola de la inocencia y cubra mi desnudez con las vestiduras de la gracia, de suerte que jamás vuelva a manchar mi cuerpo y alma con ningún pecado ni por pensamiento, ni de palabra, obra ni deseo. Amén.

Dicho notable de la Santa sobre esta virtud. Ser modesto en todas las cosas que hiciere y tratare, y tener presente la vida pasada para llorarla, y la tibieza presente, y lo que le falta por andar de aquí al cielo para vivir con temor, que es causa de grandes bienes.

Ejemplo. La sierva de Dios María de los Ángeles, habiéndose ofrecido al Señor para aliviar con sus trabajos las penas que en el purgatorio sufría la jardinera de su monasterio, fue visitada por una parálisis que le impedía mover el brazo y todo el lado derecho de su cuerpo. Vuelta algo en sí, en el primer momento la enfermera quiso quitarle los vestidos para acostarla, mas dominada de un sentimiento de pudor santo, no quiso la enferma que nadie la tocara y pidió por favor se la dejase unos momentos sola.

Llamó luego la atención de la enfermera, que estaba fuera cerca de la puerta de la celda, el oír como conversaba la venerable María con otra persona. Entra al momento en la celda, y queda sorprendida al encontrar sola a la enferma, despojada de sus vestidos, excepto el santo escapulario, y acostada sobre su lecho o jergón de paja. Pregúntale quien le había quitado la ropa y ayudado a acostarse, pues ella no podía absolutamente hacerlo y nadie había dentro de su celda, y obligada por la obediencia declaró que su madre, la castísima Santa Teresa, a quien se había encomendado con

fervor, había bajado del cielo, la quitó los hábitos y la acomodó sobre el lecho, para demostrar cuánto ama la modestia y recato en sus devotos hijos. ¡Qué lección, devoto de Teresa, para muchos que se visten con poca honestidad y se permiten ciertas libertades, como si Dios, que nos ha de juzgar severamente, no nos mirase en todas partes!

Práctica. Esforzarnos a imitar en lo posible la castidad angelical de Teresa de Jesús, huyendo de las ocasiones de pecar y desapegando nuestro corazón del amor de las criaturas. Leer, cuando seamos tentados de impureza, alguna página de las obras de la Santa.

Oración final

MES DE AGOSTO

OBEDIENCIA DE SANTA TERESA DE JESÚS

Hija la obediencia da fuerzas.
(Jesús a su Teresa)

Punto primero. No hay virtud, hijo mío, después de la humildad, cuya práctica te sea más necesaria que la de la obediencia, hija legítima y compañera fiel de la humildad. No puedes ser verdaderamente humilde si no te sujetas y obedeces a toda humana criatura, y en especial a los superiores, por amor de Dios. Todas las cosas criadas, cumpliendo las leyes que el Señor les ha fijado, te predicán esta virtud, y el Autor de todas, el Hijo de Dios, te la predica desde la cátedra de la cruz, donde te enseña que no solo con perfumes olorosos de incienso, y con reverencias y ceremonias exteriores, que cuestan poco, sino con la vida, descanso, hacienda y honra se le ha de servir. Sábetelo, hijo mío, que el verdadero obediente, cuando niega su voluntad por la de Dios ofrece un altísimo sacrificio a su Criador; porque si voluntad es vida, si entre todas las potencias del alma la voluntad es la más íntima y la que es como reina y señora de todas; quién esta niega, por amor de Dios, ofrece lo mejor y más alto que hay en todo el reino de sí mismo: por esto el Señor ama más la obediencia que el sacrificio. Mira, pues, hijo mío, no antepongas las cosas de devoción a las de obediencia y obligación. Es este uno de los más sutiles engaños del demonio, y muy común y perjudicial, con que principalmente enlaza las personas espirituales, haciéndolas dejar las cosas de precepto por las que son de consejo, a que ellos son más aficionados por ser más conformes a su gusto. No sea así, hijo mío; la primera devoción es obedeciendo cumplir con la obligación. Contempla al desventurado Saúl, que por preferir el sacrificio a la obediencia, vino de lance a caer en el profundo de todos los males y a perder el reino, vida, honra y alma, y tras esto a destruir su posteridad. De esta manera castiga la divina justicia el pecado de la desobediencia. ¡Oh hijo mío, ningún desobediente en el cielo, ningún obediente en el infierno! Óyeme.

Punto segundo. Considera mi vida, hijo mío, y verás que en esto de obedecer tuve extremo. Alabado sea el Señor, que me dio gracia para obedecer a mis confesores, determinada de no salir de lo que ellos me mandasen, y así lo hice toda mi vida. No me meneaba sin su parecer en cosa, y aun en las mismas que el Señor me mandaba que hiciese, y yo no dudaba ser Nuestro Señor, si mi confesor no me las mandaba no las hacía, y si me mandaba lo contrario esto hacía, y pedía al Señor me perdonase, pues por obedecer a los que tenía en su lugar lo hacía. Por obedecer, hijo mío, llegué hasta hacerme fuerza por resistir a las mercedes sobrenaturales que Dios me dispensaba en la oración, y hacer cruces y dar higas cuando se me aparecía, yendo en ello contra mi voluntad e inclinación. Y el Señor aprobó tan alta obediencia, mandándome que hiciese lo que mis confesores me mandasen, que Él ya les enseñaría la verdad, como así sucedió. Por la obediencia emprendí la obra de la Reforma de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, y por la obediencia la dejé sin pesadumbre. Por la obediencia, que da fuerzas, escribí tantos libros; y por obedecer quemé cosas tan lindas como tenía escritas sobre el libro de los Cantares. Por la obediencia hice voto particular de hacer toda mi vida lo que mi provincial me dijese, y de no encubrirle a sabiendas cosa de mis faltas y pecados. No tener obediencia es no ser monja, decía a mis hijas, y esta quería la tuviesen, no solo en la voluntad para querer lo que se ordena, sino también en el juicio, creyendo que está bien ordenado. Por esto, hijo mío, desagradábame mucho que al mandarme alguna cosa mis confesores, me diesen razón o motivo, porque gustaba obedecer con simplicidad. La verdadera obediencia échase de ver en las cosas difíciles. Más quería yo levantar pajas del suelo por obediencia, que hacer grandes obras por propia voluntad. Si no puedes lo que quieres, quiere lo que puedes. Sin obediencia no hay cosa buena en las almas. Sígueme.

Punto tercero. Pondera, hijo mío, cómo no hay cosa que más presto lleve al alma a la suma perfección que la obediencia, y por conocer esto el demonio pone en ella tantos disgustos y dificultades debajo de color de bien. La suma de la perfección no está en visiones ni revelaciones y regalos de Dios, sino en querer con toda nuestra voluntad y con alegría lo que Él quiere, ora sea amargo, ora sabroso. Y porque para esto nos hace gran guerra y contradicción el demonio y nuestra sensualidad, es necesario de todo punto que, como sucede acá, en un pleito muy dudoso se toma un juez, y las partes cansadas de pleitear lo ponen en sus manos: así nuestra alma, por escaparse de pleitos con la sensualidad y con el demonio, tome un juez, que es el prelado o el confesor, con determinación de no hacer más de lo que él dijere, creyendo al Señor, que dijo: "Quien a vosotros oye, a Mí oye", y con esto quitarse de pleitos y descuidar de su voluntad. ¡Oh hijo mío! ¿No es cierto que por haber olvidado estas verdades has andado errante sin adelantar en el camino de la virtud, juguete de tu inconstancia y de tus caprichos? La perdición entró en el mundo y dura en él por la desobediencia. La salvación, pues, del mundo está en la obediencia. Fuera de este camino no hallarás sino tropiezos y precipicios. No participes del espíritu de Lucifer y de nuestros días, espíritu de insubordinación y de rebelión. No clames nunca en tus juicios, sentimientos y obras: *No quiero servir*, porque es señal de reprobación, no de los amigos y allegados de Dios. El varón obediente cantará victoria de sus enemigos y de sí mismo, que es la más difícil y grande de todas las victorias; mas el desobediente solo contará derrotas y desgracias. No puedes ser hijo de Dios y de su Iglesia, no puedes invocarme por tu Madre si no te esmeras en obedecer y cumplir los mandamientos de Dios y de su

Iglesia, sujetando humilde tu juicio a las verdades de la fe y a los consejos y amonestaciones de sus ministros. El que obedece no puede errar. ¿Lo haces así, hijo mío? Enmiéndate.

Afectos y súplicas. ¡Obedientísima Teresa de Jesús! ¡Cuán diferente ha sido mi proceder del tuyo! Mi alma, manchada con el pecado de desobediencia de mis primeros padres, no ha hecho otra cosa que continuar pecando por desobedecer. He desobedecido a Dios, a los preceptos de la Iglesia, a mis padres y superiores. He seguido las enseñanzas del mundo orgulloso y vano, que juzga por debilidad la obediencia, olvidando lo que manda Dios y tú me enseñas. Todo en mí me convida a obedecer: los yerros pasados, mi poca experiencia, mis escasas luces, lo incierto de mis disposiciones. Pero ¡ay! que de continuo se rebela mi amor propio contra toda autoridad, y como animal cerrero huye de todo yugo y humilde sujeción. Sin la gracia confieso me es imposible acatar las disposiciones del Señor y cumplir con lo que me enseña la fe. Pero tú, obediente Teresa, que eres omnipotente en tus súplicas por los méritos de tu perfecta obediencia, me alcanzarás de tu Jesús, enamorado de esta sublime virtud, la gracia que necesito para ser obediente con perfección hasta la muerte, y con esto cantar el cántico de triunfo en el cielo, que solo es dado hacerlo a los que se vencen a sí mismos sujetando las pasiones a la razón, y la razón a los mandatos de la fe. Amén.

Dicho notable de la Santa sobre esta virtud. ¡Oh virtud del obedecer que todo lo puedes! En ti está la seguridad de no errar en el camino del cielo, la quietud que tan preciada es en las almas que desean contentar a Dios, y la cesación de nuestros bulliciosos movimientos, amigos de hacer su voluntad.

Ejemplo. Siendo provincial el padre maestro Fr. Jerónimo Gracián, díjole santa Teresa cómo se había de hacer cierto negocio de importancia, y para eso era menester detenerse en la casa donde ella entonces estaba: respondió el padre, o por mortificarla, o por parecerle otra cosa mejor, que a él le parecía todo lo contrario, y que se partiesen luego. La Madre aunque tenía entendido de Nuestro Señor que el negocio se había de hacer, y a lo que entonces juzgara quien no tuviera el juicio tan rendido a la obediencia, parecía que se desbarataba por allí, sin replicar palabra, y sin proponer nada, respondió que fuese así, y luego se partió. Habiendo después caminado un día o dos, díjole el P. Gracián: "¿Pues no decía, Madre, que tenía revelación de Dios que este negocio se había de hacer? –Sí tenía, dijo ella, pero en la revelación me podré yo engañar; pero en obedecer a vuestra reverencia, que es mi prelado, sé cierto que no voy engañada. –Ahora, pues, mire en ello, dijo el padre, y encomiéndelo a nuestro Señor". Y pasado un día tornola a preguntar qué había entendido en aquel negocio. Dijo la Madre: "Díjome nuestro Señor que se haría como antes me lo había dicho; pero dice que por el medio que la obediencia me muestra, se hará muy mejor que por el que yo quería tomar". Esto era una cosa no de menos maravilla que las que habemos dicho, que con tener tantas revelaciones, y enseñarle el Señor muchas veces cosas muy menudas acerca de lo que había de hacer, ni se casaba con su parecer, ni estimaba las revelaciones por claras que fuesen, ni decía, más luz tengo yo de Dios y más razón es creer lo que Dios me dice que lo que me aconseja un hombre, sino esto era lo que decía, que más caso hacía ella de una palabra de su

prelado o confesor, que de mil revelaciones, y que por donde ella se había de regir eran los dichos de los que tenía en lugar de Dios.

Estaba la Santa en el mayor calor de promover la obra de su Reforma, y ocurriole grave dificultad que le impedía pasar adelante. Consúltala con su confesor, el P. Baltasar Alvarez, encargándole pronta respuesta para proseguir lo comenzado. Mas para mortificarla y probar su obediencia le envía el P. Alvarez la respuesta en carta cerrada, y en el sobreescrito añade: "No la abra Vd. en dos meses"; y la Santa obedeció, a pesar de las ansias vehementes con que deseaba promover cosa de tanta gloria de Dios. Tan cierto es que en esto de obedecer tuvo siempre gracia especial, como ella afirma. – Imitemos su obediencia, y aseguremos nuestra salvación.

Práctica. Está siempre aparejado al cumplimiento de la obediencia, como si te lo mandase el mismo Jesucristo.

A tu superior y confesor descubre todas tus tentaciones e imperfecciones y repugnancias para que te dé consejo y remedio para vencerlas.

Cuando un superior manda una cosa, no digas que lo contrario mandó otro sino que piensa que todos tienen santos fines; obedece a quién te manda, sin replicar.

Oración final

MES DE SEPTIEMBRE

AGRADECIMIENTO DE SANTA TERESA DE JESÚS

Soy de mi condición muy
agradecida (*Santa Teresa de Jesús*)

Punto primero. Es la gratitud, hijo mío, una virtud que recompensa el beneficio recibido largamente con el deseo, y en cuanto puede en la realidad, y es principio de grandísimos bienes. Tiene esta virtud fuerza y eficacia para hacer brotar abundancia de nuevos beneficios de la fuente inagotable de la bondad divina, porque Dios se complace en dar sus beneficios a censo. Ella aumenta en nosotros el amor de Dios, pues quien reconoce claramente que todo lo que tiene es dádiva graciosa de aquel sumo Bienhechor, luego se inclina a amarle y querer bien a quien le ha hecho tanto bien. Por lo que, hijo mío, entre las consideraciones que más despiertan a amar a Dios una es la consideración de los beneficios divinos, pues cada uno de ellos es como tizón que aviva y enciende más la llama del divino amor. Aprovecha la gratitud para despertar en ti el deseo de servir a Dios cuando consideras la obligación grande que tienes a quien tanto debes. Vale, por fin, para despertar en tu alma dolor y arrepentimiento de los pecados, pues ¿cómo podrás dejar de avergonzarte y confundirte si comparas la grandeza de tu maldad con la grandeza de la suma bondad, la cual tanto tiempo perseveró en hacer bien a quien siempre perseveró en hacer mal? – Muchas penas tiene aparejadas el Señor para los ingratos; aunque la más justa y más ordinaria es despojarlos de todos los beneficios recibidos, pues no acuden al dador con el debido agradecimiento. El desagradecimiento, hijo mío, es un viento abrasador que

seca el arroyo de la divina misericordia, la fuente de su clemencia y la corriente de su gracia. ¡Oh hijo mío! Al desagradecido la misma grandeza del don le daña: por eso el Señor se abstiene de dispensarle nuevas gracias, para que no sea tan terrible el juicio del ingrato. A todo el que tiene se le dará, mas al que no tiene agradecimiento aún lo que parece que tiene se le quitará y se dará a otras almas que den frutos de buenas obras. ¡Oh hijo mío! Es la ingratitud el sello de los réprobos, así como el agradecimiento lo es de los hijos de Dios. Sé, pues, agradecido. Óyeme.

Punto segundo. Pondera bien, hijo mío, que si me distinguí en todas las virtudes, en la de la gratitud fui extremada. Fue esta virtud con la caridad y magnanimidad la que formó mi carácter y mi distintivo. Llamábanme la mujer más agradecida del mundo, y cierto fue así; pues con una sardina que me diesen había para sobornarme. De natural condición era en mí ser agradecidísima, y pagar amor con amor. Nadie me hizo un beneficio que no se lo pagase muy bien, a lo menos encomendándole a Dios. Esta natural inclinación de tal suerte dominaba mi corazón, que me obligó a tener ley a quien me quería, de modo que se extendió hasta ser contra la de Dios, pues los pecados de mi juventud fueron ocasionados por querer bien a quien me mostraba amor. Fui agradecida a los dones de Dios, y este fue el medio que me elevó a tan extraordinaria santidad. El considerar que en mi juventud no había sido tan agradecida a Dios como debía, me animaba a servirle con nuevo fervor, y era la pena más delicada para mi corazón recibir mercedes del Señor y regalos después de haberle ofendido. Para sufrirla necesitaba ayudarme con toda mi grandeza de ánimo, y aun así no me podía valer sino deshaciéndome de amarguísimo llanto. Con esta virtud triunfé del corazón de Dios, obligándole a favorecerme con singularísimas muestras de amor que de pocos siervos suyos se leen iguales. A mis confesores amé siempre mucho y acordábame siempre de sus beneficios, y rogaba y procuraba rogasen a Dios por ellos. Fui devotísima de los hijos de santo Domingo y de san Ignacio, porque a ellos después de Dios reconocía por mis padres y ser deudora de no verme en el infierno. La única gracia temporal que pedí al Señor fue una cátedra de prima en Salamanca para mostrarme agradecida a mi confesor Báñez. Por un vaso de agua encomendé muchos años a Dios a un hombre. Nadie en vida, hijo mío me hizo un favor, aun de los que estaban obligados a servirme, como eran mis hijas, que no se lo agradeciese, y en mi última enfermedad, cuando apenas podía hablar, con el rostro y una mirada de ternura recompensábales los buenos oficios y caritativos obsequios. Gustaba en extremo de contar muchas veces y con mucho agradecimiento las buenas obras que me hacían, y tenía gran memoria de ellas. En fin, hijo mío, imitando la conducta de mi Dios, fui agradecida con los que me ofendían, a quienes consideraba como mis principales bienhechores, pues aunque aborrecía sobre todo pecado el de la ingratitud, les agradecía la ocasión que me daban de practicar la virtud de la paciencia y caridad, y olvidábame de su injuria en esto. Y si la virtud en el cielo no se destruye ni mengua, sino que se perfecciona, discurre, hijo mío, cuánta será mi gratitud para con todos aquellos que me hacen algún obsequio para extender mi devoción y propagar mis glorias, mis escritos y mi culto. Esto lo atestiguan miles de almas que acudiendo a mi protección salen consoladas, obrando todos los días el Señor, para mostrar mi agradecimiento a favor de mis devotos, multitud de milagros estupendos. Sé, pues, agradecido, hijo mío, a Dios y a los hombres como tu Madre, y serás amado de todos. Sígueme.

Punto tercero. ¿Cómo cumples tú, hijo mío, la ley del agradecimiento? De todos los *Padre nuestros* que rezas ¿cuántos los has hecho en acción de gracias? ¿Piensas siquiera alguna vez en los beneficios que de continuo te está lloviendo la liberal mano de Dios? O ¿quizás, ingrato, no solo no levantas al cielo tus ojos para besar esta mano benéfica, sino que de los mismos beneficios te vales para hacer guerra al Señor? Todas las criaturas te convidan a ser agradecido, y la misma necesidad te obliga a ello. ¿Cómo, pues, te has conducido con Dios? Son carbones de fuego los beneficios que quitan la facultad de ofender al bienhechor. ¿Has imitado a las tierras fértiles, que dan más de lo que reciben? El más agradecido más obliga. Los que no se aprovecharon de los beneficios son dignos de eternos suplicios; esta fue la causa de la ruina del hombre. Oh hijo mío, teme el pecado de la ingratitud sobre todos los otros pecados, porque ningún pecado así irrita a Dios, y de ninguno se queja como de este. "-Hijos crié y ensalcé, y ellos me han menospreciado; dice el Señor por sus profetas. Si yo soy vuestro Padre, ¿dónde está la honra que me debéis? –Generación mala y adúltera, pueblo loco y necio, ¿esta es la paga de tantos beneficios, que das a tu Señor? Por esto dice el Señor a los ingratos: No quiero ya tener más cargo de apacentaros. Lo que muriere, muérase; y lo que mataren, mátenlo; y los demás que se coman a bocados unos a otros. –Apartaré mis ojos de ellos, y estarme he mirando las miserias y calamidades en que finalmente han de parar, sin proveerles de remedio. Quitaré a mi viña, símbolo del alma ingrata, el vallado, y será robada; derribarle he la cerca, y será hollada, y haré que quede aun como tierra desierta. No será podada ni cavada, cubrirse ha de zarzas y espinas, y a las nubes mandaré que no lluevan sobre ella".

¡Oh hijo mío! Si alguna cosa fea pudiese pintarse en el mundo, esta parece lo fuera: hacer mal y ofender al bienhechor con los mismos bienes que él te dio. Y esto haces cuando eres ingrato a Dios, hijo mío: cuando con las fuerzas te haces más soberbio, con la hermosura más vano, con la salud más olvidado de Dios, con la hacienda, el poder o el talento más entregado al pecado. ¡Oh hijo mío! Deja de ser ingrato a Dios y a los hombres, y tu alma se verá colmada de bendiciones y nuevas gracias. Enmiéndate.

Afectos y súplicas. ¡Oh Dios mío y mi sumo Bien! ¡Dios mío y todas las cosas! ¿Qué he sido yo para Ti sino tormento y cruz con mi ingratitud y desconocimiento? Continuamente, Señor, has estado enriqueciéndome y regalando con tus dones; y yo, Señor, ni siquiera he alzado los ojos a Ti para decirte: ¡Gracias, Dios mío, gracias! El buey conoció a su poseedor, y el asno al pesebre de su Señor. Más mi alma no te ha conocido, ni ha querido entender. ¡Habrà ingratitud como la mía! Te asombraste una vez, oh Corazón de Cristo Jesús mi Dios, cuando habiendo curado diez leprosos, uno solo, y este extranjero, volvió, glorificando a Dios, a darte las gracias. ¡Cuántas veces con mi conducta ingrata he causado en tu Corazón este asombro, Bien mío! Muchas veces, Jesús bueno, limpiaste mi alma de la lepra del pecado, y no te lo agradecí. Muchas veces ofrecíste me tus dones, y no los admití. ¡Oh Salvador mío! ¡Cuántas veces habrás exclamado: Yo he dispensado toda clase de beneficios a esa alma, e ingrata no me da las gracias! ¡Abandonémosla! –¡Oh Señor! Acábase ya aquí mi mala vida. Quiero de hoy más en todo momento, ya que siempre estoy recibiendo beneficios de tu mano, repetirte con mi corazón y mis labios: ¡Gracias, Dios mío,

gracias! Quiero que mi respiración sea un acto de agradecimiento, que todo cuanto hay en mí te alabe y glorifique, y te repita: ¡Gracias, Jesús mío, gracias! Durmiendo y velando, en salud y enfermedad, en tristeza y alegría, en vida y en eternidad, mi único canto será: ¡Gracias, sumo bienhechor mío, gracias infinitas! ¡Oh agradecidísima Teresa! Alcánzame gracia de imitarte en esta virtud, que constituye tu noble carácter, pues, si soy agradecido aquí en la tierra, iré al cielo a cantar eternamente las misericordias del Señor. Amén.

Dicho notable de la Santa sobre esta virtud. Si de suyo el alma es amorosa y agradecida, más la hace tornar a Dios la memoria de la merced que le hizo, que todos los castigos del infierno.

Ejemplo. Estando en la fundación de Sevilla, diéronla un frontal de red en que estaba labrado el sacrificio de Abrahán, muy grosero; pero por la pobreza que había le hubieron de poner en el altar de la iglesia. Y estándolo poniendo, dijo una hermana por gracia: que el ángel que estaba allí puesto parecía disciplinante. Ello era así, y a todas les cayó mucho en gracia; pero la Madre volviose a ella con un rostro severo, y diola una muy buena reprensión, diciendo que si era aquel el agradecimiento que tenía a la limosna que les hacían, y otras muchas cosas a este propósito con tanto peso y con tantas veras, que todas quedaron muy maravilladas y con propósito de guardarse de allí adelante de semejantes gracias. Muchas cosas se pudieran decir, si se hubiera hecho memoria de ellas, porque como era tan humilde, cualquiera cosa, por pequeña que fuese, la agradecía como si fuese muy grande por todas las vías que podía, y más por las que ella podía más, que era por la oración; y así hizo nuestro Señor grandes bienes a las personas que le ayudaron e hicieron bien. Pero no dejaré de decir una por donde se puede bien entender las demás. En uno de sus monasterios tenía un clérigo que las confesaba, y por otra parte las hacía mucho daño, y las era muy contrario. La priora dio cuenta a santa Teresa de Jesús de lo que pasaba, pareciéndola que convenía despedirle. A esto le respondió la Madre estas palabras: "Por amor de nuestro Señor le pido, hija, que sufra y calle y no trate de que echen de ahí a ese padre, por más trabajos y pesadumbres que con él tengan, como no sea cosa que llegue a ofensa de Dios, porque no puedo sufrir que nos mostremos desagradecidas con quien nos ha hecho bien. Porque me acuerdo que cuando nos querían engañar con una casa que nos vendían, él nos desengañó, y nunca se me puede olvidar el bien que en esto nos hizo, y el trabajo de que nos libró, y siempre me pareció siervo de Dios, y bien intencionado. Bien veo que no es perfección en mí esto que tengo de ser agradecida, debe de ser natural, que con una sardina que me den me sobornarán". ¿Quién habrá, pues, de los devotos de la gran Teresa que, conociendo su condición agradecida no se esmere en merecer su protección, haciéndole algún servicio, propagando sus escritos y su devoción entre todos sus hermanos los españoles?

Práctica. Acostumbrarse a repetir a menudo entre día, en especial al recibir algún favor del Señor y en tiempo de tribulación: ¡Gracias, Jesús mío, gracias por todo! Hágase tu voluntad santa en el cielo y en la tierra.

Oración final

MES DE OCTUBRE

AMOR DE DIOS

¡Oh hermanos, oh hermanos e hijos de este Dios! Mirad la hermandad que tenéis con este gran Dios, y pues quiere amistades, ¿quién las negará a quién no negó derramar toda su sangre y perder la vida por nosotros? (*Santa Teresa de Jesús*)

Punto primero. Es la caridad la mayor de todas las virtudes, y el fin, la vida, perfección y la suma o recapitulación de todas ellas. En la caridad o amor de Dios esencialmente consiste la perfección de la vida cristiana, y de donde se toma la medida así de la perfección que los justos alcanzan en esta vida, como de la gloria que recibirán en la otra. El que tiene grande caridad, grande es; y el que pequeña, pequeño es; y el que ninguna, nada es. Pondera, hijo mío, que así como no hay virtud más excelente que la de la caridad, tampoco hay otra que te sea más necesaria para subir al cielo y tener contentamiento en la vida. Debes amar a Dios sobre todas las cosas, o resignarte a ser perpetuamente desgraciado. Tu corazón está hecho expresamente para amar a Dios, y no hallarás sino desdicha si no le amas sobre todas las cosas. No tienes excusa para dejar de amar con todo tu corazón a Dios, pues en Él están con eminencia los motivos todos y causas del amor. Él es el sumo e infinito Bien, del que proceden todos los bienes. Si amas a quien te hace beneficios, a nadie debes más que a Dios que te crió, redimió y te conserva en el ser de la naturaleza y gracia. Si por amor te mueves, nadie nos quiere más que Dios. Si por unión o parentesco, con nadie tiene mayor nuestra alma que con Dios. Si te dejas llevar, hijo mío, de las perfecciones y prendas que brillan en los objetos, en ninguno resplandecen como en Dios. Él es bueno, hermoso y benigno; es noble, sabio, poderoso, rico y comunicativo de sí mismo y sus bienes, con proporción y semejanza a nosotros. ¿Dónde hallarás, hijo mío, tal cúmulo de perfecciones? Si las criaturas, porque son espejos que reflejan un débil rayo de la bondad suma de Dios, te aprisionan el corazón y cómo le fuerzan a amar, ¿por qué no amarás al dador de todo bien, a la fuente y principio de toda perfección? Si no amas a Dios por ser quien es, ámale al menos porque es tuyo. Tuyos son sus merecimientos, tuyos son los bienes de naturaleza, de gracia y de gloria que Él atesora: tuyo es su corazón, su alma, su divinidad. Por ti crió el cielo y la tierra, se hizo hombre, padeció y murió. Él es tu descanso y tu consuelo, tu centro y tu alegría, tu amigo, tu esposo, tu Padre y tu buen Dios. Dile, pues, hijo mío, con un corazón agradecido y abrasado en su amor: ¡Dios mío y todas las cosas! ¡Tú todo mío, y yo todo tuyo! Ámeos yo, Dios de mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas y con cuanto hay en mí. ¡Dios mío y todas mis cosas! ¡O amarte o morir! Óyeme.

Punto segundo. Cosa sabrosa es hablar con tal amor de Dios; ¿qué será tenerle? Mi alma, hijo mío, vivió siempre abrasada en el divino amor. Mis confesores admiraban en mí el amor de un ángel. Después del requiebro suavísimo en que veía alguna vez un serafín cabe mí hacia el lado izquierdo, con forma corporal, con un dardo de oro largo y al fin un poco de fuego, que me lo metía por el corazón y me llegaba hasta las entrañas, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios, mi alma no se contentó con menos que Dios. Moría porque no moría, en deseos consumiendo mi vida por ver a mi amado Jesús. Solo el haber oído un cantarcillo de cómo era cosa recia vivir sin Dios, fue tanta la operación que me hizo, que quedé toda sin sentido y como muerta. No podía imaginarse persona así enamorada de otra, como yo lo estaba del Señor. Por eso gustaba de ver imágenes de Cristo y de su santísima Madre, pues con ellas podía de algún modo desahogar mi amor. En otras cosas juzgábame por imperfecta, pero no en el amor. Holgárame, hijo mío, de ver a otros en el cielo con más gloria, mas no que amasen más a Dios. Y como el amor se ve en las obras y trabajos, mi alma trabajó y se mortificó para probar el amor que tenía a mi Dios. Todo mi deseo era de que el Señor fuese servido y alabado, y su santa Iglesia aumentada. Jamás, hijo mío, en todo lo que hice torcí un punto en obra ni en palabra de lo que entendía ser servido de Dios bajo ningún aspecto. Húndase el mundo, respondía con entereza a los que solicitaban de mí algo que no fuese del agrado de Dios. Ninguna tentación, ni dificultad, ni trabajo pudo jamás bastar conmigo para que dejase de hacer lo que conocía o me decían que era de su mayor agrado. Húndase todo antes que ofender a Dios. A veces trataba con el Señor con un estilo abobado, que el amor es el que hablaba, quejándome de que hubiese de comer, beber y dormir y tratar con todos. Mi amor fue siempre en acto, pues durmiendo parecíame que oraba y amaba. Mis éxtasis eran así continuos, que pasaron de treinta mil en toda mi vida. Y tantas eran las ansias de ver a mi Dios amado, que no pudiéndolo sufrir el corazón, murió de amor, cediendo a la violencia sabrosa de un ímpetu ardoroso del amor divino. Sígueme.

Punto tercero. ¿Y amas tú a Dios, hijo mío?, ¿con qué amor? El amor de Dios, si de veras es amor, es imposible esté muy encubierto, porque siempre está bullendo, y pensando qué hará para contentar al Amado. Este amor trae consigo todos los bienes, y para tenerle habías de desasirte de todas las cosas y de ti mismo. Mas como eres tan caro y tan tardío en darte del todo a Dios, se detiene Su Majestad en hacerte grandes mercedes. No creas consiste este amor en tener lágrimas, gustos y ternuras, sino en servir al Señor con justicia, fortaleza y humildad. ¿Quieres saber el secreto, hijo mío, para adquirir este amor? Pues sábetelo que lo adquirirás determinándote a obrar y padecer por Dios, y haciéndolo cuando se ofreciere. No ames tan solo de palabra, sino de verdad, con las obras. ¿Cómo está tu corazón, hijo mío?, ¿amas a Dios o a las criaturas?, ¿al cielo o a la tierra? Pues tal eres cuales son las cosas que amas. ¿Qué responderías al Señor tu Dios, si como a Pedro te preguntase?: ¿Me amas, hijo mío?, ¿podrías en verdad decirle: Tú sabes, Señor, que te amo?, ¿o acaso tu corazón para todos tiene amor de sobras, aun para los malos y cosas indignas, y solo para Dios no tiene? ¡Oh hijo mío! Reflexiona que Dios en todo es poco celoso, excepto en la cuestión de amor. Quiere ser rey absoluto de tu corazón, o nada. O le amas más que a todas las cosas, o absolutamente no le amas. Amor y temor de Dios son dos castillos fuertes de donde se da guerra al mundo y a los demonios. Los que de veras aman a Dios todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo

bueno loan, con los buenos se juntan siempre y los favorecen y defienden: no aman sino verdades y cosas que sean dignas de amar. Ni tienen contiendas, ni andan con envidias, porque no pretenden otra cosa sino contentar al Amado: andan muriendo porque los ame, y así ponen la vida en entender cómo le agradarán. ¿Lo haces así tú, hijo mío?, ¿cómo está tu corazón? Examina y enmiéndate.

Afectos y súplicas. ¡Oh Señor mío! Dadme Vos este amor, dádmelo; no vaya yo de esta vida, hasta que no quiera cosa de ella, ni sepa qué cosa es amar fuera de Vos, ni acierte a poner este nombre a nadie, pues todo es falso, pues lo es el fundamento.

¿Quién soy yo, oh Jesús Dios mío, que me mandas que te ame, y me amenazas con eternas penas si no te amo sobre todas las cosas?, ¿acaso, Bien mío, Dios de mi corazón, no es ya castigo bastante grande el no amarte? ¡Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva!, ¡cuán tarde te conocí y amé! ¿Qué ha sido de mi corazón sino un mar en tormenta por no estar a Ti unido por el amor? Me hiciste para Ti, Jesús mío; por eso mi corazón no hallaba descanso lejos de Ti. ¡Oh mi suave descanso de los amadores de mi Dios! ¡Oh contento mío y Dios mío! ¿Qué haré yo para contentaros? Miserables son mis servicios: aunque os hiciese muchos, no pagaría lo mínimo que os debo. ¡Oh Amor que me amas más de lo que yo me puedo amar y entiendo! Dame, Señor, lo que me mandas, y mándame lo que quisieres. Quiero amarte con todo mi corazón, Dios mío, y para esto te pido me llenes de tu gracia y me abrases en tu amor ¡Oh Dios de mi corazón y mi sola herencia para siempre! Yo siempre os amaré, y Vos siempre me amaréis. Espero, oh Dios de mi alma, amaros siempre y por toda la eternidad. ¿Qué hay para mí ya en el cielo, ni qué tengo que desear sobre la tierra? Idos: idos de mi casa, criaturas todas robadoras y adúlteras del amor de mi Dios; alejaos de mí, que ni vosotras sois para llenar mi corazón, ni mi corazón es para vosotras. El unirme a mi Dios solo es mi bien, el mantenerme arrimado a Él, mi dicha. ¡Oh seráfica virgen Teresa! Enséñame a amar a tu Jesús. Que mi corazón sea para Jesús, mi amor para Jesús, mi pensar y mi memoria todo por Jesús: que viva y muera como tú en el amor de Jesús. Amén.

Dicho de la Santa sobre esta devoción. No está la perfección del alma en pensar mucho, sino en amar mucho y así lo que más os despertare a amar, eso haced. Estas son las señales del amor: tener gran determinación de desear contentar en todo a Dios, y procurar en cuanto pudiéremos no le ofender, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia católica. Avívase y críase el amor con hacer actos y alabanzas de Dios, y holgarse de su bondad, y que sea el que es.

Ejemplo. Hablando el P. Ribera del amor grande que la Santa tenía a Dios, dice así: "Todos los trabajos le parecían pequeños por Dios. Las penitencias, por grandes que fuesen, no se le hacían nada. Pasara muchas muertes porque un alma sola sirviera a Dios. Y aunque deseaba mucho que todos le sirviesen; pero cuando via una persona de partes más que ordinarias, que juzgaba sería buena para su servicio, íbasele el alma porque Dios la llamase y la llegase a sí, y veníanla unas ansias tan grandes muchas veces, que no se podía valer. Luego hacía cuantas diligencias podía, y oraba con gran fervor y decía a nuestro Señor: "Mirad, Señor que es este bueno para vuestro amigo."

La caída de los buenos y el multiplicarse las herejías y las necesidades de la Iglesia, la daban gran tormento, y la hacían derramar muchas lágrimas, y hacer penitencias, tanto, que fue esta la causa de fundar estos monasterios con tanta estrechura y pobreza. No había para ella muerte más recia que pensar si tenía ofendido a Dios. Y apretola esto tanto una vez, que bañada toda en lágrimas rogaba al Señor no permitiese tal cosa, y Él le respondió que se consolase y estuviese cierta que estaba en gracia, porque tal amor de Dios como ella tenía, y tales sentimientos como daba a su alma, no se compadecía con pecado mortal.

"Estas palabras, añade la Santa, me dice Su Majestad muchas veces, mostrándome gran amor: "Ya eres mía y Yo soy tuyo". Las que yo siempre tengo costumbre de decir, y a mi parecer las digo con verdad, son: "¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de Vos?" Habiéndola el Señor reprendido una vez porque no acababa a salir del todo de la duda, si era lo que ella tenía del demonio o no, fatigose de aquello, y luego con gran ternura y regalo la tornó a decir que no se fatigase, que ya sabía que por ella no faltaría de ponerse a todo lo que fuese su servicio, y que se haría todo lo que entonces ella quería (y así se hizo), y que mirase el amor que cada día en su alma iba aumentándose para amarle, y en esto vería que no era demonio. Dice también: Díjome una vez, consolándome, que no me fatigase (esto con mucho amor), que en esta vida no podíamos estar siempre en un ser; que unas veces tendría fervor y otras estaría sin él, unas con desasosiegos y otras con quietud, otras con tentaciones, mas que esperase en Él y no temiese".

Por fin, ella misma describe las condiciones de este amor, cuando dice: "El amor parece como un fuego que es grande, y para que no se aplaque, es menester haya siempre qué quemar; así son algunas almas, aunque fuese muy a su costa, que querrían traer leña para que no cesase este fuego. Yo soy tal, que aun con pajas que pudiese echar en él, me contentaría: y así me acaece algunas y muchas veces; unas me río, y otras me fatigo mucho. El movimiento interior me incita a que sirva algo, de que no soy para más, en poner ramitos y flores a imágenes, en barrer, o en poner en un oratorio, o en unas cositas tan bajas, que me hacía confusión. Si hacía algo de penitencia, todo poco y de manera, que a no tomar el Señor la voluntad veía yo era sin ningún tomo, y yo mesma burlaba de mí". ¡Oh seráfica virgen Teresa! Enséñanos a amar a tu Jesús.

Práctica. Mirar bien cuán presto se mudan las personas, y cuán poco hay que fiar de ellas, y así asirse bien de Dios que no se muda. Use siempre a hacer muchos actos de amor de Dios, cincuenta cada día por lo menos, con gran fervor y deseo, porque encienden y enternecen el alma. Despegue el corazón de todas las criaturas, y busque y hallará a Dios.

Oración final

MES DE NOVIEMBRE

AMOR DE SANTA TERESA DE JESÚS AL PRÓJIMO

¡Oh Jesús mío! ¡Cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres! Quien no les amare no os ama, Señor mío. (*Santa Teresa de Jesús*)

Punto primero. Es la caridad o amor del prójimo, hijo mío, el más excelente camino para llegar a Dios y la prueba mejor de que le amas; pues si a tu hermano que ves no amares, ¿cómo podrás amar a Dios que no ves? Es la caridad vínculo de perfección, fin de todos los mandamientos y cumplimiento de toda ley, por la cual ninguna cosa la sagrada Escritura más encarece, ni más repite, ni más encomienda que esta virtud. Ama a tu prójimo, hijo mío, y haz lo que quieras, pues de seguro no pecarás. La caridad en las adversidades no desfallece, porque es sufrida, y en las injurias no procura venganza, porque es benigna: la prosperidad ajena no la atormenta, porque no tiene envidia y la conciencia no remuerde, porque no hace cosa mala: no se levanta con las honras, porque no es soberbia; ni con el propio desprecio se confunde, porque no es ambiciosa; no se deja vencer de la codicia, porque no busca su propio provecho; no se apasiona con las injurias, porque no se aira; ni con las sospechas se carcome, porque no piensa mal de nadie; a quien los males ajenos no alegran, porque no se goza con la maldad; a quien los errores no engañan, porque se alegra con la verdad; a quien las persecuciones no quebrantan, porque todo lo sufre; a quien la incredulidad no endurece, porque todo lo cree; a quien la desesperación no derriba, porque todo lo espera; a quien ni la misma muerte puede matar, porque aunque las obras de las otras virtudes cesen en la gloria después de la muerte, sola la caridad nunca cesará. Es por consiguiente, hijo mío, la caridad juntamente estímulo de todas las virtudes y muerte de todos los vicios; porque así como desea agradar a Dios sirviendo y amando al prójimo, y por eso procura todas las virtudes, porque éstas le agradan, así teme desagradarle, y huye de todos los vicios, porque son lo único que le desagradan. Por ello, contestando san Juan a sus hijos, porque siempre les repetía únicamente que se amasen unos a otros, les dijo: "Porque si esto debidamente se cumple, basta para nuestra salud". ¡Oh hijo mío! Ama al prójimo como a ti mismo por amor de Dios, y serás santo. Óyeme.

Punto segundo. Mi amor al prójimo, hijo mío, se manifestó en el amor a los que estaban en pecado, a los que me injuriaban, y en la devoción que tenía a las almas del purgatorio para aliviar sus penas. Para que mejor comprendas mi perfecto amor al prójimo te digo, hijo mío, que para con él tuve corazón de madre. Mira cómo una buena y cuerda madre ama a su hijo; cómo le avisa en los peligros; cómo le acude y regala en sus necesidades; cómo lleva todas sus faltas; unas veces sufriendolas con paciencia, otras disimulándolas con prudencia y corrigiéndolas con dulzura. Mira como se goza de sus bienes, cómo le pesa de sus males, y cómo los tiene y los siente por suyos propios. Cuán grande celo tiene de su honra y de su provecho; con qué devoción ruega siempre a Dios por él, y cómo tiene más cuidado de él que de sí misma, y cómo

es cruel para sí, por ser piadosa para con él. He aquí mi retrato, hijo mío. Todo mi afán era convertir a los pecadores, y especialmente a los herejes. A esto se dirigieron mis trabajos, mis oraciones y mis obras; a este fin consagré toda mi vida. Tuve ánimo y celo apostólico en procurar la salvación de las almas, y si lloraba y afligía algunas veces, era por verme mujer y con tantas ataduras, sin poder predicar ni convertir almas. Con todo, reformé la Orden de la Madre de Dios, para con estas almas escogidas lograr la salvación de muchas. Mi penar y sumo dolor era cuando moría algún santo varón, celoso operario de la salvación de las almas. Lloraba a lágrima viva su muerte, pues con ella perdían un gran amparo, y la Iglesia una gran columna. Érame especial regalo socorrer y visitar a los enfermos, y dar limosna a los pobres, aunque para cubrir su desnudez tuviese que despojarme de parte de mis vestidos, como hice en Toledo. Hice propósito, que cumplí toda mi vida, de no dejar pasar día sin hacer alguna obra particular de caridad al prójimo, aunque solo fuese alumbrar a mis hermanas al subir a oscuras la escalera. Era tan grande mi caridad, que en haciéndome alguno mal, por el mismo caso le cobraba más amor que a otros, y recibía gusto particular en encomendarle a Dios. Mi venganza era amarlos más y encomendarlos a Dios más de veras. De nadie consentía decir mal, y mucho menos de los que me lo hacían de obras o de palabras, ni aun por burla, pues quería se hablase bien de ellos, y los disculpasen, echándolo todo a buena parte. Por eso nunca murmuré del prójimo, y amábanme, pues tenían en mí las espaldas seguras. Cuando eran personas graves las que me querían mal, o sentían mal de mí o de mis cosas, buscábalas y trataba con ellas las cosas en que más reparaban, y satisfacías y dejábalas muy llanas y amigas. Cansaría, hijo mío, si tuviese que referir todas las almas que saqué de pecado y de las penas del purgatorio; las enfermedades que curé y necesidades que socorrí, y a cuántos consolé y dirigí por el camino del cielo. Bien lo experimentó el maligno espíritu, que me hacía cuanto mal podía por vengarse, cuando alguna alma se convertía por mis oraciones. ¡Oh hijo mío! Confía en mí en todas tus necesidades espirituales y temporales; acude a mi protección e invócame con confianza. Hallarás en mí un corazón compasivo, un corazón de madre; pues, aunque gloriosa en el cielo, no he mudado de condición, antes la he mejorado. Sígueme.

Punto tercero. ¿Y amas tú en verdad al prójimo, hijo mío? Este amor no ha de ser desnudo y seco, sino acompañado de todos los efectos y obras que del verdadero amor se suelen seguir. Hijuelos, te clama el apóstol del amor, no amemos con solas palabras, sino con obras y con verdad. Probarás que amas a tu prójimo si te esmeras en aconsejarle, socorrerle en sus necesidades, sufrirle en las injurias y flaquezas, llevando cada uno la carga del otro, según el apóstol, perdonarle de corazón, mostrándosele en las obras, y edificarle con palabras y ejemplos. Si esto hicieres y no juzgas a nadie ni murmuras, cumples con perfección la ley. ¡Oh hijo mío! ¿Lo haces tú así? –Mucho temo que no. ¿Y cuál es la causa? –Porque no miras a tu prójimo como a imagen de Dios, como a obra de sus manos, como a hijo suyo y miembro vivo de Cristo. Pecar contra el prójimo es pecar contra Cristo, y hacer bien al prójimo es hacer bien a Cristo, pues es el mismo Señor por participación de su espíritu. Todos tenéis un Padre que es Dios, una Madre que es la Iglesia, un Señor que es Cristo, una fe, una esperanza, un bautismo, un mismo mantenimiento y un mismo espíritu, y se os promete un mismo premio. ¿Cómo, pues, dejarás de amarlo? ¡Oh hijo mío! Pon los ojos en aquel único y singular ejemplo de amor que Cristo Jesús nos tuvo, el cual nos

amó tan fuertemente, tan dulcemente, tan perseverantemente, tan graciosamente y tan sin interés suyo ni merecimiento nuestro, que espanta tal amor. Esfuérate con tan notable y divino ejemplo a cumplir fielmente aquel mandamiento que este Señor te dejó tan encomendado a la salida de este mundo, cuando dijo: "Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros, así como Yo os amé".

Si no amas, hijo mío, eres muerto ya en vida, y en la hora de la muerte oirás de boca de tan amante Señor: "Marcha, maldito, al fuego eterno, porque no me amaste ejercitando obras de misericordia en la persona de mis hermanos los prójimos". Dime con sinceridad, hijo mío: si ahora murieses, ¿oirías del Señor esta palabra de maldición, que solo se dice a los que no aman? Examina tu vida y... Enmiéndate.

Afectos y súplicas. ¡Cuán poco he amado a Dios en mis prójimos, oh santa mía! Dominado por el egoísmo y amor propio, no he buscado en todas mis obras otra cosa que satisfacerme a mí mismo. Confieso que no he tenido paciencia en sobrellevar sus faltas. ¡Y tanta que ha tenido Dios conmigo! He sido con él riguroso y cruel, y conmigo blando y compasivo. He trocado los papeles: conmigo he tenido corazón de madre y con mi prójimo corazón de juez. ¡Cuántas veces he murmurado de él, he criticado sus acciones, y hasta juzgado temerariamente sus intenciones! Si la medida del amor al prójimo ha de ser la regla con que nos ha de juzgar el Señor, tiemblo de espanto, pues en el juicio saldré condenado. Mas ¡perdón!, ¡oh Dios de amor!, ¡perdón! Quiero con tiempo enmendarme. Por Ti ¡Jesús mío! sufriré en adelante al prójimo; por tu amor perdonaré a mis enemigos: por Ti me abstendré de murmurar, de juzgar, de maldecir, y amaré al prójimo como a mí mismo. Dame, amorosísimo Jesús, un corazón como el tuyo, como el de tu enamorada esposa Teresa. Un corazón con todos blando y compasivo, y solo conmigo riguroso. Ámete, oh Jesús bueno, más que a mí; y a todas las cosas en Ti y por Ti y como Tú las amas, para ser tu discípulo. Y tú, oh santa mía, que a todos amabas en vida, pero con especial predilección a los enfermos y pobres pecadores, y a tus enemigos, ámame a mí más que a todos y socórreme, pues me reconozco más enfermo, pobre y enemigo del Señor que todos los del mundo. Sana mi alma de las enfermedades de las pasiones, dame un corazón como el tuyo, magnánimo, generoso, sufrido y caritativo para con el prójimo, para merecer tu protección en vida y en la muerte, y para alabar a Dios por toda la eternidad. Amén.

Dicho notable de la Santa sobre esta devoción. Si no amamos al prójimo, no tenemos amor de Dios. El amor del prójimo se conoce en las obras. Siente las penas del prójimo tanto como las propias, y se alegra de que le aplaudan y magnifiquen. Sin este amor no hay virtud segura. El mayor servicio que se puede hacer al Señor es dejarle por amor y ganancia del prójimo. Quien no le amare no os ama, Señor mío, pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán.

Ejemplo. El amor que tenía santa Teresa de Jesús a los prójimos, como era por Dios y mirando y amando en ellos a Dios, era al paso del que tenía a Dios. Este amor la hizo poner en tantos trabajos, y andar tantos caminos llena de enfermedades y dolores, con fríos, agua y nieves, y calores grandes para fundar monasterios, en que con perfección se salvaron tantas almas: tanto, que nunca se vio tratar con persona alguna con particularidad, que no mejorase su alma.

En sus principios, estando en Becedas para curarse, un clérigo había siete años que estaba en mal estado con una mujer, con gran escándalo del lugar todo, y diciendo muy ordinario Misa con todo esto, y no bastando nadie con él, porque la misma mujer le tenía hechizado con un idolillo de cobre que le hacía traer al cuello, pudo tanto con él, que le hizo que la diese el idolillo, y con esto comenzó a aborrecer aquella mujer, y del todo la dejó, y se volvió a Dios, y mejorando su vida murió dentro de un año. A su hermana Doña María de Cepeda, sabiendo que había de morir de repente, la previno cuatro o cinco años antes, y así se salvó. Juana Juárez, aquella monja de la Encarnación, su grande amiga, se le apareció después de muerta y le dijo: " Por ti soy salva". También le reveló el Señor que su padre se había de salvar por su intercesión. En el capítulo treinta y nueve de su Vida, cuenta algunas otras cosas, y después dice: "En esto de sacar nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídas a más perfección, es muchas veces, y de sacar almas del purgatorio, y otras cosas señaladas. Son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme y cansar a quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas que de cuerpos: esto ha sido cosa muy conocida, y que de ello hay hartos testigos". Además estando en la fundación de Burgos, en un hospital donde vivió un poco de tiempo, estaba mala y con mucho hastío, y dijo una vez que comería de unas naranjas dulces, y el mismo día le envió una señora unas pocas muy buenas. Ella, en viéndolas, echóselas en la manga, y dijo que quería bajar a ver a un pobre que se había quejado mucho, y reparte todas las naranjas a los pobres. Sus compañeras le dijeron que cómo se las había dado; respondió con mucha alegría que se le echaba bien de ver en la cara: "Más las quiero yo para ellos que para mí: vengo muy alegre, que quedan muy consolados". Otra vez le trajeron unas limas, y como las vio dijo: "Bendito sea Dios, que me ha dado qué lleve a mis pobrecitos". Otras muchas cosas podríamos referir de su amor al prójimo, que fue perfectísimo, a semejanza del amor subido que tenía a Dios. Mas basta lo dicho para que nos animemos todos a amarle como a nosotros mismos por amor de Dios y de Teresa de Jesús.

Práctica. A ejemplo de santa Teresa no pasar día sin hacer alguna obra de caridad con el prójimo, rogando a Dios en especial por los que nos quieren mal o nos son molestos, por la conversión de los pecadores y por las almas del purgatorio.

Oración final

MES DE DICIEMBRE

MAGNANIMIDAD DE SANTA TERESA DE JESÚS

Quiere el Señor y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí: ninguna destas queda baja en el camino de la virtud. Tened, pues,

gran confianza, que Dios ayuda a los fuertes (*Santa Teresa de Jesús*)

Punto primero. Es la magnanimidad, hijo mío, una de las virtudes que más asemejan el hombre a Dios. De su natural condición y por el estado de caída es el hombre pusilánime, cobarde y retraído, mezquino en las cosas del servicio de Dios. Como nace en pecado, nace con inclinación viciada a sí; con un egoísmo que echa a perder todas sus generosas inclinaciones. Él es como el centro a donde dirige todos sus afanes: a saciar su apetito, aunque todos hayan de morir en la indignancia. Y como es débil y flaco, de aquí le viene no atreverse a emprender cosas grandes, arduas o difíciles de alcanzar, sobre todo en la virtud y vencimiento de sí mismo. Pues bien, hijo mío, la magnanimidad corrige todos estos vicios, haciendo al alma cuerdamente atrevida para obrar grandes cosas en servicio de Dios. Es parte de la fortaleza esta virtud, y perfecciónalas todas con el ornato de su grandeza. Desprecia el magnánimo las pequeñeces y ruindades miserables que tanto abundan en la vida humana, como cosas indignas de ocupar su atención. Superior a sí mismo, el magnánimo elévase sobre todas las pasiones y domina el deseo inmoderado de ser honrado. Huye de la presunción y vanagloria y de la pusilanimidad, los más bajos vicios y que solo aprisionan a las almas ruines. La confianza y la seguridad son las dotes que adornan el ánimo generoso y esforzado, el cual no emprende cosa sin tener la convicción de poder terminarla con éxito feliz. Desprecia las alabanzas de los hombres y todas las cosas exteriores, pues nada juzga digno de su atención ni reputa por verdaderamente grande sino la virtud y todos los actos difíciles. Muéstrase digno con los grandes y poderosos del siglo, y afable con los iguales, y por nada ni nadie del mundo se abaja a cometer una indignidad. Oh hijo mío, no hallarás en los mundanos esta virtud, pues solo es propia de los hijos de Dios. Esta es la verdadera grandeza de los hijos de Dios: primero morir que rebajarse haciendo una acción vil, un solo pecado. Óyeme.

Punto segundo. Pondera, hijo mío, que la magnanimidad fue mi distintivo. Entre todas las virtudes se vio en mí un ánimo real, generoso e invencible, y cuerdamente atrevido para emprender cosas grandes, arduas y, según muchos imposibles. Me decían algunas veces que tenía corazón más que de mujer, y que estaba obligada a no ser cobarde, y así no dudaba emprender grandes y extraordinarias cosas, y salir con ellas, y de estas gustaba mucho: las que eran fáciles y ordinarias no me daban ese contento, ni me inclinaba a tratar de ellas. La Iglesia santa, que no adula ni miente, me llama mujer fuerte y varonil, sabia y prudente en demasía, dotada de un corazón tan grande, que solo con la arena esparcida junto al mar es comparable. Por grandísimos trabajos que tuve en la vida, nunca lloré, ni dije palabras de aflicción, a no ser por la muerte de los grandes siervos de Dios. Me llamaban Teresa de Jesús, *la mujer que todo lo puede*, para significar mi grandeza de ánimo, a la que ninguna empresa de mayor gloria de Dios parecía imposible. Mi corazón en sus primeros años suspiró y buscó con ansia el martirio, que es el acto más grande y perfecto de la fortaleza cristiana. Luego, no satisfecha con la mitigación de la Orden del Carmen, quise renovar las glorias y asperezas del antiguo Carmelo, y aunque comprendí los grandísimos trabajos y desasosiegos que me había de costar, no desmayó mi corazón, y logré, mujer pobre, enferma y sin amparo humano, dejar a mi muerte fundados treinta y dos conventos en el espacio de veinte años. Hice el voto angélico, sin precedente en la historia, de obrar

siempre lo más perfecto y sublime, y mi alma ardía en deseos de ser la primera en el cielo y en la tierra, después de la Virgen María, que más amase a Dios. Gustaba sobre todo de almas animosas porque ayuda a tener altos pensamientos para que lo sean las obras; que Dios ayuda a los fuertes. Era enemiga de corazones apretados y pusilánimes, de almas encapotadas y arrinconadas, porque fundadas solamente en razones de prudencia humana, nunca hacen cosa de provecho para la honra divina. Mi único fin en todas mis empresas era la gloria de Dios: así nunca desconfiaba de su ayuda, pues algo se ha de fiar de Él en sus obras. Para fundar un convento bastábame un zaguán y una campana; lo demás lo fiaba a la providencia amorosa de mi Dios, y nunca salí defraudada en mis esperanzas. Esta era mi máxima, que me daba valor en todas mis empresas, con la que me animaba y animaba a las demás: "No basta todo el mundo a deshacer lo que Dios hace, ni para dejarse de hacer lo que Él quiere que se haga. Todo lo puedo en Dios que me conforta". Las ayudas del mundo, hijo mío, son todas como unos palillos de romero seco, a los que asiéndose no hay seguridad, que en habiendo algún peso de contradicción o murmuraciones se quiebran, y lastiman al que en ellos se apoyó. El verdadero remedio, hijo mío, es asirnos a la Cruz, y confiar en Jesús que en ella se puso: hallarásle amigo verdadero y con un señorío, que podrás resistir a todo el mundo e infierno juntos que sean contra ti. Todas las cosas faltan; más Jesús autor de todas nunca falta a quien le sirve. Esta confianza en Dios, hijo mío, robustecida con la consideración de los beneficios que te ha dispensado, animará tu corazón a grandes empresas y te hará salir bien de todas ellas. Quien a Dios tiene nada le falta. ¡Oh hijo mío! Si llegas a este estado, entonces podrás exclamar conmigo: Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atórménenme los demonios; no me faltéis vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien en solo vos fía. ¡Oh qué buen Dios!, ¡oh qué buen Señor y qué poderoso! Solo Dios basta. Sígueme.

Punto tercero. ¿Cómo es tu corazón, hijo mío? ¿Eres magnánimo o pusilánime? Si pusilánime fueres, ten entendido que no podrás gozar de mi amistad. Dios y su esposa Teresa son amigos de ánimas animosas, como vayan fundadas en humildad y ninguna confianza de sí mismas, porque nunca se ha visto que almas reales hayan dejado de obrar grandes cosas por Dios. ¿Por qué no eres magnánimo? –Porque eres perezoso o desconfiado. ¡Oh!, ¡que es cosa dulce al ánimo apocado estarse en quietud sin que nadie le moleste! Pero no lleva camino de contentar a Dios. Dios aborrece la paz de los que ha criado para la guerra. Y todos, hijo mío, todos hemos de trabajar según nuestros talentos en propagar el conocimiento y amor de Jesucristo para fomentar sus sagrados intereses. Sal de tu tierra y de tu miseria, y esfuézzate y sé varón, que a estos quiere el Señor para ser capitanes de su ejército. ¿Quién te podrá separar del amor de Cristo? ¡Oh hijo mío! Nada ni nadie, si tú quieres ayudado del Señor, que nunca falta. Pon en Dios la confianza, y no temas. Si Dios está contigo, ¿quién podrá dañarte? No habrá quien intentarlo pueda siquiera, que no lleve, las manos a la cabeza. Esas angustias y pequeñeces atan las manos a Dios y le detienen en la distribución de sus dones. ¿Por qué, hijo mío, andas escaso con Dios dándole tan solo parte de tu corazón? No sea así de hoy en adelante. Dilata los senos de tu alma, que todos quiere llenarlos el Señor: quiere enriquecerte con sus dones y darte un corazón como el suyo: magnánimo, generoso y esforzado en todo lo que fuere de su servicio. Ten confianza y fe viva, que hace alcanzar las cosas dificultosas de Dios. Si tienes para con Dios corazón

mezquino, sus dádivas serán cortas; si grande, grandes y magníficos serán sus dones. Tu magnanimidad y confianza pondrán la medida a la misericordia de Dios. Confía, pues, en Dios, y verás grandes cosas; verás su gloria en todo su esplendor. Enmiéndate.

Afectos y súplicas. ¡Oh magnánima virgen Teresa! Tú, mujer, enferma, pobre y perseguida, nunca desmayaste en tus santas obras. ¡Qué confusión para mí! Al menor reparo retrocedo y abandono mis propósitos, y desfallezco en el camino de la virtud. Mi corazón no solo no emprende grandes cosas para propagar el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo, sino que ni aun tiene aliento para cumplir los deberes comunes y más fáciles del cristiano. Viendo estoy cómo los impíos blasfeman, y los malos se conjuran contra la Iglesia y sus ministros, y con sus esfuerzos intentan borrar todo lo que lleva el nombre de Dios en esta católica España, que tú santificaste con tus viajes, sudores y buenas obras. Mas, santa mía, confuso estoy, pues no solo no hago nada bueno de nuevo, sino que aun lo bueno no sé conservar. Todos los días si me pregunto: ¿Qué he hecho hoy para que sea santificado el nombre de Dios y venga a nosotros su reino? la conciencia me grita: Nada, nada has hecho de provecho. ¡Oh generosa Teresa! Quiero salir de mi apatía, de mi cobardía y pusilanimidad. Quiero dedicarme a propagar los intereses de Jesucristo. Se envalentonan los malos, porque ven que los que nos llamamos buenos somos pusilánimes. De hoy más pelearé con valor como soldado de Cristo para aumentar sus servidores y destruir el imperio de Satanás. Propongo, a tu ejemplo, oh esforzada Teresa, no pasar día sin hacer algo a mayor gloria de Dios; quiero mirar con sumo interés por tu honra y la de tu esposo Jesús. Ayúdame en esta empresa, infundiéndome confianza y valor. Inspírame altos pensamientos y generosos deseos porque lo sean las obras. ¡Oh Teresa de Jesús! Todo por Jesús, todo por Teresa, todo por Jesús de Teresa y Teresa de Jesús. O morir o amar, obrando siempre con generosidad lo que fuere de mayor gloria de Jesús de Teresa. Amén.

Dicho notable de la Santa sobre esta virtud. No entendamos cosa en que se sirva más al Señor, que no presumamos salir con ella con su favor. Esta presunción querría yo, que hace crecer siempre la humildad y tener una santa osadía, que Dios ayuda a los magnánimos o fuertes.

Ejemplo. Cuando entró santa Teresa de Jesús en Sevilla a fundar, no entró más que con una blanca, no conociendo a nadie que la ayudase; mas no desmayó por eso, ni dejó de ir adelante, y antes que de allí saliese, dejó comprada casa de seis mil ducados. Cuando fundó la primera casa en Ávila, ni la espantó la gran contradicción que la habían de hacer en su monasterio y Orden ni los castigos que le podían dar, ni la tempestad que se levantó en la ciudad, juntándose contra ella lo seglar y lo eclesiástico. Cuando salió de Ávila a la fundación del segundo monasterio, para dejarlas acomodadas de huerta y casa, no dudó de adeudarse en nueve mil reales. Estaba tan firme en que no podía Dios faltar a quien le sirve, y en que sus palabras jamás faltarían, que no podía temer la pobreza, y se afligía por eso de que la dijese que tuviese renta. Cuando andaban las cosas de su Orden en gran riesgo, y la venían nuevas de que los negocios iban perdidos, y verdaderamente lo parecía, estaba con un ánimo y confianza tan grande, que no solo no era menester que a ella la consolasen, sino que ella las consolaba a todas, y les decía que no tuviesen pena, que todo se haría

muy bien; y cuando a todos parecía que ya no había esperanza, ella salía con mucha confianza y decía que todo aquello era por mejor. Caminando con aguas y nieves y grandes trabajos, y con muy mala comodidad de todo, animaba a todos los que iban con ella, y decía que tuviesen buen ánimo, que aquellos días eran muy ricos para ganar el cielo. Si había algún paso peligroso, holgaba de pasar ella la primera. Viniendo una vez desde Ávila a Medina, anochecióla junto a un río, y vino una terrible oscuridad, de manera que los que iban con ella no se atrevían a pasar, y estando suspensos dijo: "No sería bien estarnos aquí al sereno; comiencen a pasar y encomiéndense a Dios". En entrando ella les apareció una luz como de hacha que estaba un poco lejos, les alumbró hasta que pasaron el río y el peligro.

Ahora bien, ¿quién pensará jamás que una mujer sola metida en un monasterio con tantas ataduras de su Religión y de la obediencia, sin favor humano, sin dineros, y fuera de eso, con tantas contradicciones, había de ser Madre de tantas y tan buenas hijas, y fundadora de tantos monasterios y renovadora de una Orden que tantos años había que estaba en aquel estado en que ella la halló? ¿Qué hombre hubiera tan fuerte que osara prometer cosas tan grandes? ¿Quién las osara emprender? ¿Quién no desmayara después de emprendidas con tantas dificultades, y estorbos, y desvíos, y persecuciones? –Cualquier alma que no fuera del temple de Teresa de Jesús, que nada temía sino la ofensa de Dios. Este es el secreto que animaba a Teresa. Grabemos en nuestro corazón su dicho, y practiquémoslo siempre y seremos magnánimos: *Húndase el mundo antes que ofender a Dios, porque debo más a Dios que a nadie.*

Práctica. Os lo he dicho muchas veces, y ahora os lo torno a decir y rogar, que siempre vuestros pensamientos vayan animosos, que de aquí vendrá que el Señor os dé gracia para que lo sean las obras: creed que va mucho en esto. Empezar, aconsejado del director, alguna obra buena nueva a mayor gloria de Jesús de Teresa.

Oración final

NOTA. Las personas que deseen hacer una novena a santa Teresa de Jesús pueden elegir provechosamente las meditaciones que a continuación se indican. Para un triduo deben ser las del día 1º, 3º y 9º, porque la Santa se distingue de todos los demás Santos por su agradecimiento, amor y magnanimidad.

Día:

1. Agradecimiento de santa Teresa de Jesús
2. Oración de santa Teresa de Jesús
3. Amor a Dios
4. Amor a Jesús
5. Amor al prójimo
6. Amor a María
7. Amor a san José
8. Humildad de santa Teresa de Jesús
9. Paciencia de santa Teresa de Jesús por la mañana y por la tarde, magnanimidad de santa Teresa de Jesús

**GOZOS EN HONOR DE LA SERÁFICA MADRE Y DOCTORA SANTA TERESA DE JESÚS
COPATRONA DE LAS ESPAÑAS**

Pues del seráfico arpón
tu corazón fue pavesa;
haz que por Dios, oh Teresa,
arda nuestro corazón.

Ávila en su clima helado
te dio cuna: ¿quién creyera
que de la nieve naciera
un espíritu abrasado?
Tu apellido hace alusión
a este incendio bien expresa: etc.

Eres niña, y tu amor ciego
hacia el martirio te llama;
no era muy niña la llama
que levantó tanto fuego:
juego fue del Niño amor
con otra niña traviesa: etc.

Por la fe en tan tierna edad
quieres morir; pero sé
que no ha de ser por la fe,
sino por la caridad:
esa tu ardiente pasión
es de este fuego pavesa: etc.

Para que todo te cuadre,
logra ser mártir ahora,
que después serás doctora,
y serás virgen y madre:
esta es alta emulación
de la celestial princesa: etc.

Soberanamente altiva
al monte Carmelo inflamas;
no lo extraño, que las llamas
siempre suben hacia arriba:
de nuevo Vesubio son
los volcanes que represa: etc.

Viendo que en él no tropieza
tu ardimiento soberano,
piensas que el monte está llano
y le añades aspereza:

con eso a su elevación
trepa tu ardor más apriesa: etc.

A tus hijas casas funda
la corte, el pueblo y ciudad;
¡oh santa virginidad
divinamente fecunda!
Toda piadosa afición
en amarla se interesa: etc.

Quitote el amor la vida
suavemente tirano,
y te dio muy de antemano,
para matarte, la herida;
era tu respiración
para un golpe mucha empresa: etc.

En la urna de cristal,
donde está tu corazón,
causa la palpitación
continua gota coral;
quiere romper la prisión
por irse a la sacra Mesa: etc.

Pues del seráfico arpón
tu corazón fue pavesa;
haz que por Dios, oh Teresa,
arda nuestro corazón.

Antífona

Sancta Mater Teresia, réspice caelo, et vide, et vineam istam et perfice eam, quam plantavit dextera tua.

V. Ora pro nobis, sancta Teresia a Jesu.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

Oremus

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut, sicut de beatae Teresiae Virginis tuae, festivitate guardemus, ita caelestis ejus devotionis erudiamur affect.

Deus, qui illibata praecordia beatae Virginis Teresiae sponsae tuae ignito jaculo transfixisti, et charitatis victimam consecrasti: ipsa interveniente concede, ut corda

nostra ardore Sancti Spiritus ferveant, et te in omnibus super omnia diligant. Qui vivis, etc.

OFRECIMIENTO QUE DE SÍ HACÍA A DIOS SANTA TERESA DE JESÚS

Vuestra soy, para Vos nací;
¿Qué mandáis hacer de mí?

Soberana Majestad,
Eterna Sabiduría,
Bondad buena al alma mía;
Dios, un ser, bondad y alteza,
Mirad la suma vileza
Que hoy os canta amor así:
¿Qué queréis, Señor, de mí?

Vuestra soy, pues me criasteis,
Vuestra, pues me redimisteis,
Vuestra, pues que me sufristeis,
Vuestra, pues que me llamasteis,
Vuestra, porque me conservasteis,
Vuestra, pues no me perdí:
¿Qué queréis hacer de mí?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
Que haga un tal vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
A este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce Amor;
Amor dulce, veisme aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
Yo le pongo en vuestra palma,
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entrañas y afición;
Dulce Esposo y redención,
Pues por vuestra me ofrecí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida,
Dad salud o enfermedad,
Honra o deshonra me dad,
Dadme guerra o paz cumplida,

Flaqueza o fuerza a mi vida,
Que a todo digo que sí.
¿Qué queréis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
Dad consuelo o desconsuelo,
Dadme alegría o tristeza,
Dadme infierno, o dadme cielo,
Vida dulce, sol sin velo,
Pues del todo me rendí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración,
Si no, dadme sequedad,
Si abundancia y devoción,
Y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
Solo hallo paz aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
O por amor, ignorancia,
Dadme años de abundancia,
O de hambre o carestía;
Dad tinieblas o claro día,
Revolvedme aquí o allí:
¿Qué queréis hacer de mí?

Si queréis que me esté holgando,
Quiero por amor holgar;
Si me mandáis trabajar,
Morir quiero trabajando.
Decid, ¿dónde, cómo o cuándo?
Decid, dulce Amor, decid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor,
Desierto o tierra abundosa,
Sea Job en el dolor,
O Juan que al pecho reposa;
Sea yo viña fructuosa
O estéril, si cumple así.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Sea José puesto en cadenas,
O de Egipto adelantado,
Sea David sufriendo penas,

O David ya encumbrado;
Sea Jonás anegado,
O libertado de allí:
¿Qué mandáis, Señor, de mí?

Esté callando o hablando,
Haga fruto o no le haga,
Muéstreme la Ley mi llaga,
Goce de Evangelio blando;
Esté penando o gozando,
Solo Vos en mí vivid:
¿Qué mandáis hacer de mí?

VERSOS DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

Nacidos del fuego del amor de Dios que en sí tenía

*Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta Vida espero
Que muero porque no muero.*

GLOSA

Aquesta divina unión
Del amor con que yo vivo
Hace a Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón:
Mas causa en mí tal pasión
Ver a Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros;
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Solo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no me seas molesta,
Mira que solo te resta,
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
Es la vida verdadera,
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva;
Muerte, no me seas esquiva;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mí,
Si no es el perderte a ti
Para mejor a Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues Él solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer
La mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aun de alivio no carece,
A quien la muerte padece,
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale,
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo a aliviar
viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin Ti no puedo
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh mi Dios! ¿cuándo será,
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero?

DESPEDIDA

De las jóvenes católicas a sus queridas Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús

Tierna María, Madre adorada,
Bálsamo suave del corazón,
Al levantarse de esa tu grada,
Piden tus hijas una mirada,
Prenda segura de protección.

Solo un suspiro, que amor expresa,
Pueden tus hijas hoy exhalar,
Al despedirse de ti, ¡oh Teresa!
Solo un suspiro, que ardiente besa,
Besa tu rostro, rostro sin par.

Adiós, Teresa, madre querida:
¡Cuán triste cosa decirte adiós!
Deja que entremos por esa herida
A vivir siempre tu misma vida
Dentro tu pecho; vida de amor.

RETRATO DE SANTA TERESA DE JESÚS

POR EL PADRE RIBERA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Era Teresa de Jesús de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aún después de vieja parecía hartamente bien; el cuerpo abultado y muy blanco; el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción; la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible; el cabello negro y crespo; la frente ancha, igual y hermosa; las cejas de un color rubio que tiraba algo a negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llanas. Los ojos negros y redondos y un poco papujados (que así los llaman, y no sé cómo mejor declararme), no grandes, pero muy bien puestos, y vivos, y graciosos, que en riéndose, se reían todos, y mostraban alegría, y por otra parte muy graves, cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad. La nariz pequeña, y no muy levantada de en medio, tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo, las ventanas de ella arqueadas y pequeñas; la boca ni grande ni pequeña, el labio de arriba delgado y derecho, el de abajo grueso, y las orejas ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta, sino antes metida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo, que le daban mucha gracia; uno más debajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca. Toda junta parecía muy bien, y de buen aire en el andar, y era tan amable y apacible, que a todas las personas que la miraban comúnmente aplacía mucho.

Viniendo al alma, tenía muy buen ingenio, y echábase bien de ver en las labores que hacía, inventando muchas, y labrando historias que ponían devoción y admiración. Diola Dios también un entendimiento grande, que abrazaba mucho, y agudo; un juicio reposado; no nada arrojada, sino llena de madurez y de cordura. Pensaba muy bien lo que había de hacer, y veía lo que había en la cosa de que pensaba, y después de determinada tenía gran constancia y firmeza para seguirlo y llevarlo a cabo. Su prudencia era mucha para encaminar las cosas que emprendía, y para gobernar los monasterios, como se parece bien en los que dejó fundados, y las personas que en ellos están, a quien puso en tanta humildad, y mortificación y oración. Tenía gran destreza para despachar negocios; a todos acudía, y para esto no le había de faltar salud. Escribía a señores y a los demás que era menester, y sus cartas acababan grandes cosas. Calaba con gran facilidad el entendimiento, y talento, y condición de las personas que trataba, y veía por donde las había de llevar. Enseñaba con mucha claridad y amor, y estimaba mucho a los buenos teólogos, y ninguna cosa de importancia hacía sin su parecer. Tenía un ánimo más que de mujer, fuerte y varonil, con que alcanzaba lo que quería, y hacía estar a raya las pasiones naturales, ayudada de Dios. Véase esto cuando salía de sus monasterios, que sintiendo con grandísima ternura el apartarse de sus hijas que en ellos dejaba, y especialmente cuando veía que no las había de ver más, lo disimulaba de tal manera, por no darles a ellas pena, como si no tuviera sentimiento alguno... También se veía esto en la paciencia y fortaleza que tenía en las enfermedades grandes y ordinarias, y en llevar con grande igualdad de corazón las adversidades, y persecuciones, y malos sucesos. Tenía grandeza de corazón, que es la virtud que llaman magnanimidad, y así no dudaba de emprender grandes y extraordinarias cosas, y salir con ellas, y de estas gustaba mucho.

Tenía a todos gran respeto y la debida reverencia; pero si trataba con grandes señores o señoras, hablaba y estaba con un señorío natural como si fuera una dellas, y decía todo lo que era menester, y reprendía las faltas, y si entendía que convenía romper con cualquier persona destas, hacía lo con grande ánimo y con poca pesadumbre, como se vio algunas veces. Con ser tan amiga de la pobreza, era liberal y animosa para gastar donde era menester, aunque no lo tuviese, y muy cumplida en todo. Su habla era muy graciosa y su conversación muy suave, grave, alegre, llana, cuerda, y a cualquiera cosa que se tratase salía muy bien y entretenía maravillosamente a todas las personas que la oían. De aquí venía que a donde quiera que iba era muy querida de todos, y juntamente muy estimada. Sus padres a ella querían más que a los demás hijos, y cada uno de sus hermanos la amaba más que a los otros; sus monjas amabanla lo más tiernamente que una madre puede ser amada; lo mismo hacían sus confesores y todos los que la trataban, porque tenía gracia particular para atraer a sí los corazones. Cuando entendía que algunas personas graves sentían mal della, o lo decían o la querían mal, íbase a ellas y dábales cuenta de

algunas cosas suyas, según veía que convenía, o hacíales buenas obras, por donde venían a caer en la cuenta, y de allí en adelante la amaban y estimaban mucho. Hablaba familiar y humanamente con todos, con alegría, con amor, sin encogimiento y con una santa y apacible libertad, de tal manera, que quien la veía y sabía de sus cosas, se espantaba de ver que quien tan alta oración tenía y tan familiarmente trataba con Dios, hablase con los hombres como si nada de aquellos tuviera.

Y así como a ella la amaban mucho, así ella también tomaba gran amor a quien se lo tenía, y a todas las personas que veía eran buenas, y llanas y honestas, y especialmente cuando veía que eran buenas para el servicio de Dios y bien de los prójimos. Esto la venía de ser en gran manera agradecida; acordábase siempre de los bienes que la hacían a ella, o a sus hijas, aunque fuesen pequeños, y no acababa de encarecerlos, y agradecerlos con palabras y con obras, en cuanto ella podía. Tenía una muy noble condición, y agradable a todos, amiga de ayudar, y hacer bien, y de dar gusto, aunque fuese muy a costa suya, y padeciendo ella mucho; muy inclinada a obras de misericordia y de caridad, enemiga de la hipocresía y de murmuraciones, aunque fuesen livianas; no sabía decir mal de nadie sino de sí; a todos alababa; las virtudes ajenas publicaba y engrandecía, las suyas tenía gracia particular en cubrirlas y deshacerlas. Era honestísima y naturalmente aborrecía toda deshonestidad en palabras y en obras, y muy recogida, y en todo bien inclinada. Estimaba en mucho la honra antes que Dios la llamase de veras, y esta le era gran freno para excusar todo lo que la podía dañar. Y como era amiga de la limpieza del alma y del cuerpo, así también lo era de la limpieza de los vestidos, y de traerlos bien puestos, y andar aseada, porque toda descomposición, así interior como exterior, la descontentaba. En su comida era muy templada; vino nunca lo bebía; en sus vestidos pobre pero muy limpia; en su regalo muy escasa, con tener tantas y tan grandes y ordinarias necesidades; en el de las otras muy larga y muy piadosa, y así, cuando en los caminos había malas posadas, su cuidado era mirar por las personas que llevaba consigo: estas deseaba estuviesen bien acomodadas, y para sí de cualquier cosa se contentaba. De la verdad era muy amiga, y aborrecía todo engaño y doblez... Y después, una de las cosas que más tormento le daba era pensar si traía engañados a sus confesores, aunque sabía que no los deseaba engañar. No había de ser llevada por mal: si la llevaban por bien, fácilmente la vencían, y así en el tiempo que no se había enteramente convertido, los regalos de Dios tenía por el mayor castigo de sus pecados y descuidos, de cuantos podía haber, porque ser regalada, cuando había merecido castigo, como veía cuán mal lo hacía en no ser muy agradecida a quien tanto amor la mostraba, confundíase, y fatigábase, y deshacía más que con cuantas enfermedades y dolores y trabajos la venían, porque con estas parecíale que pagaba algo de lo que debía, y al recibir mercedes, cuando menos las merecía, érale un género de tormento terrible. En lo que he dicho y en otras cosas muchas que podrán decir los que mejor saben conocer el natural de cada uno, si lo trataron, he querido mostrar la excelente naturaleza que Dios le dio, y el vaso que aparejó para los altísimos dones que en él había de echar.

ÍNDICE

Dedicatoria a Jesús de Teresa

Al devoto de santa Teresa de Jesús

Oración preparatoria

Oración a santa Teresa de Jesús

Oración final

MEDITACIONES

De la oración de santa Teresa de Jesús

Humildad de santa Teresa de Jesús

Devoción de santa Teresa de Jesús a su señor y padre san José

Paciencia, mortificación y amor a los trabajos, de santa Teresa de Jesús

Amor de santa Teresa de Jesús a María Inmaculada

Devoción de santa Teresa de Jesús a Jesús sacramentado

Castidad virginal de santa Teresa de Jesús

Obediencia de santa Teresa de Jesús

Agradecimiento de santa Teresa de Jesús

Amor de Dios

Amor de santa Teresa de Jesús al prójimo

Magnanimidad de santa Teresa de Jesús

Gozos en honor de santa Teresa de Jesús

Ofrecimiento que de sí hacía a Dios santa Teresa de Jesús

Versos de la santa Madre Teresa de Jesús, nacidos del fuego del amor de Dios que en sí tenía

Despedida de las jóvenes católicas a sus queridas madres María Inmaculada y santa Teresa de Jesús

Retrato de santa Teresa de Jesús por el P. Ribera